

Megan Maxwell



Soy una mamá



Soy una mamá narra la historia de Estefanía, una mujer felizmente casada y madre de tres hijos.

Vive en un pueblo de Madrid y trabaja por horas en una residencia de ancianos para que el día se le haga menos largo.

La rutina de Estefanía es siempre la misma: levantarse, atender a sus hijos, llevarlos al cole, desayunar con sus amigas, ir al super, sacar a su perra y después ir al trabajo.

Ella es feliz. Todo es perfecto. Tras veinte años de casada, excelente marido, niños maravillosos, chalecito pareado... Pero de pronto todo se trastoca cuando se entera de que ese marido al que tanto venera, y por el que siempre pone la mano en el fuego, la está engañando con otra.

De pronto se da cuenta de que ha vivido una mentira que ella misma se ha empeñado en fabricar, y harta de todo, decide divorciarse y poner punto final a su «fueron felices».

Megan Maxwell

Soy una mamá

Soy una mamá - 1

ePub r1.0

Titivillus 10.10.16

Título original: *Soy una mamá*

Megan Maxwell, 2016

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Buenos días

Las manos aterciopeladas y fuertes de mi guapo marido recorren mi cuerpo, produciéndome millones de estupendas sensaciones, y no solo sexuales.

«Oh..., sí..., sigue..., no pares...».

El olor a los aceites corporales con los que me masajea me hace suspirar con deleite, mientras siento y escucho la dulce y suave música *chill out* que suena a nuestro alrededor y me dejo llevar por el momento.

¡Qué paz! ¡Qué tranquilidad!

Esto es vida. «Por tu padre, Alfonso, ¡no pares! Humm...».

«Moc... Moc... Moc... Moc... Moc...».

Abro un ojo sobresaltada.

¿Qué suena?

¿Qué es ese puñetero «Moc... Moc...»? y ¿dónde están Alfonso y la música *chill out*?

¡Oh, nooooooooooooooooooooo!

Al instante, soy consciente de la realidad.

Estoy sola en medio de mi enorme cama, porque mi currante maridín ya se ha marchado a trabajar y lo que suena es mi despertador. ¡Qué asco!

Las 7.30. Alargo la mano y lo apago.

Esperaré a la segunda alarma. Tengo cinco minutos antes de que suene la del móvil y tenga que ponerme como Rambo, alerta y en acción.

Me arrebujó debajo del edredón de plumitas de oca.

«Humm, qué a gustito estoy», pienso mientras dejo que mi cuerpo entre en un perezoso coma, hasta que de pronto oigo: «Rabiosaaaaaa... Rabiosaaaaaa... Rabiosaaaaaa...».

¡La alarma del móvil!

Rabiosa, niego con la cabeza. Pero ¿ya han pasado los puñeteros cinco minutos?

Resignada, y tras acordarme de todos los antepasados habidos y por haber del listo que un día inventó el madrugar, saco un pie del edredón de plumitas de oca.

—Uf..., ¡qué frío!

Pero antes de que mi cabeza piense en meter el pie de nuevo debajo, me reactivo y busco las zapatillas, que, oye..., siempre alguna se cuela bajo la cama. ¿Por qué mis puñeteras zapatillas tienen que hacer lo mismo casi todas las mañanas?

Cuando consigo rescatarla, me la pongo y, aún con las pestañas pegadas por el sueño, me dirijo hacia las habitaciones de mis tres hijos. Angelitos, seguro que duermen como troncos, cuando digo desde el pasillo abriendo las dos puertas al mismo tiempo:

—¡A levantarse! Vamos..., vamos..., que hay que ir al cole.

Como es habitual, no me hacen ni caso. ¿Para qué? Simplemente se arrebuja en sus edredones de plumitas y continúan durmiendo a pata suelta.

Cinco minutos después, después de lavarme los dientes, mirarme en el espejo y maldecir porque no soy la chica que fui hace años, que a cualquier hora estaba lozana como una lechuga, vuelvo al ataque amenazando como una posesa:

—Una de dos: u os levantáis o vais al cole en pijama.

Ni que decir que a esa segunda llamada, y en especial por mi tono de voz de mala malota, abren los ojos, me miran con ganas de decirme de *tóooooooooo...*, pero se levantan.

¡Ja! Menuda soy cuando me pongo en plan madrastrona.

Una vez que veo que han puesto sus piecitos en el suelo, regreso a mi habitación y me visto con rapidez. Vaqueros, camiseta y deportivas. ¿Dónde quedaron los tacones y los trajes que hace años me ponía y me hacían estar impresionante?

Ay..., qué pena..., qué pena me doy a veces.

Con lo que yo fui, lo mona que iba a trabajar a la gestoría y lo que actualmente soy. Eso sí, lo soy por dejada, no porque sea un trol, porque fea, fea, no soy. Lo sé, no hace falta que nadie me lo diga. Pero lo que sí es cierto es que fue tener niños y dejé de sacarme partido. ¿Por qué?

Cuando tuve a Nerea, mi hija mayor, un flotadorcillo apareció alrededor de mi cintura. Con Aaron, se afianzó y, tras David, el flotadorcillo se instaló definitivamente y, aunque haga ejercicio o me ponga a dieta, no desaparece. Sin duda, ya es parte de mí. Eso sí, cada mañana, cuando lo veo, pienso: «¡El lunes empiezo el régimen!».

Y lo pienso porque Alfonso, mi marido, desde hace tiempo es un obseso de la dieta y el ejercicio. El tío está fibroso y estupendo. También se lo curra. Como diría mi insoportable suegra: «¡Alfonsito está como un toro, y tú, como una vaca!».

¡Lamadrequelaparió! ¿Por qué no se quedaría muda al nacer?

Pero llega el lunes, y mi poca falta de voluntad me hace comerme un cruasán con mantequilla para desayunar, y pienso: «Venga, va..., mañana comienzo». Al día siguiente, en vez de un cruasán, me como dos y, cuando estamos a miércoles, vuelvo a pensar: «¡El lunes empiezo el régimen!».

Saber..., saber..., sé que lo empezaré un lunes. Lo que queda por determinar es

de qué año será.

Una vez acabo de arreglarme, bajo a la planta inferior de mi bonito adosado, ese que mi maridín y yo compramos con esfuerzo y sudor, y comienzo a preparar desayunos, almuerzos y mochilas.

Cuando pongo un pie en la planta baja, mi perra, esa gran... gran... GRAN bonachona y paciente que nos soporta a todos y a la que llamamos *Torrija*, se levanta con las orejas aún a la virulé y me saluda.

Ay, Dios, ¡qué rica es mi perra!

Nos la encontramos hace tres años una Semana Santa que fuimos a Toledo a ver las procesiones. Al regresar al coche, la vimos asustada y temblando como una hoja debajo de las ruedas del vehículo.

Cuando conseguimos sacarla enseñándole una de las ricas torrijas que habíamos comprado, la pobre se abalanzó sobre ella y, con el cachondeo de «¡Cómo se come la torrija!», con *Torrija* se quedó, y por supuesto se vino con nosotros a casa para ser uno más de la familia. Donde caben cinco, caben seis.

Tras nuestro saludo mañanero de lametazos y cabezazos mientras le digo cosas como si la pobre fuera tonta del bote, la dejo satisfecha de mimitos y entro en la cocina y me pongo en acción.

Abro la nevera, saco leche, mantequilla y embutido. Luego, de un armarito, cojo cereales, Cola Cao, pan de molde, papel de plata y galletas.

Todas las santas mañanas, lo mismo, ¡qué monotonía!

Con rapidez, preparo los desayunos y me enfrasco en los almuerzos. Sí, esos sándwiches que envuelvo en papel de plata por las mañanas y que, a veces, revisando las mochilas de mis queridos retoños, aparecen chafados y con un extraño color verde del tiempo que algunos llevan allí olvidados.

Cuando mis tres hijos, Nerea, Aaron y David, entran en la cocina, es el mismo cantar de todas las mañanas. Si la mayor no se pega con el pequeño, el mediano chincha a la mayor, o el pequeño empuja al mediano. ¡Todos los santos días lo mismo!

Al final, como siempre, tengo que ponerme en plan Cruella de Vil —ya lo de madrastrona les sabe a poco—, doy quince voces, porque con dos no reaccionan, y así consigo poner algo de orden. Pero no..., no creáis que el orden dura mucho. Es darme la vuelta y el *show* de mis niños vuelve a comenzar.

Veinte minutos después, llega el momento «¡Me duele la tripa!».

Oh, Dios..., ¿cómo no? Ese también es otro clásico mañanero.

Pero ¡ja!, ya soy graduada en dolores matutinos y no les hago mucho caso, que

me los conozco. Sé que, si presto atención a esas dulces vocecitas o miro sus ojillos candorosos y suplicantes de «Estoy malito, mami, y no puedo ir al cole», me compadeceré del liante en cuestión y dos horas después lo tendré repanchingado en el sillón, más feliz que una perdiz jugando con la PlayStation y con una cara de satisfacción al más puro estilo «Te he engañado, mami», y no, ¡eso se acabó!

Tras conseguir que desayunen, dejen de pegarse y cojan sus mochilas, logro que se pongan los abrigos. Nerea se lo abrocha. A sus catorce años, ¡por fin! se ha dado cuenta de que, si no se cuida, enferma, pero Aaron, con diez, y David, con casi seis, es otro cantar. Estamos en febrero, hace un frío que pela, pero mis hijos parecen nórdicos: ¡nunca tienen frío! Eso sí, se cogen unos gripazos que es para matarlos. Por más que les explico que cuando hace frío uno tiene que abrigarse, no lo entienden, y cuando voy a recogerlos al colegio, se me ponen los pelos como escarpías al verlos salir remangados y sin el abrigo puesto. Pero ¿en qué idioma tengo que hablarles?

En fin, salvado el tema de salir abrigaditos de casa, abro la puerta y, una vez fuera de nuestra parcelita, nos dirigimos los cuatro juntitos y en armonía al colegio.

Bueno, lo de la armonía es un decir, porque aunque yo quiero mucho a mis niños, reconozco que son pesaditos... pesaditos, pero pesaditos, y continúan martirizándose los unos a los otros todo lo que pueden y más, hasta que de pronto, las súplicas del que le dolía la tripa y sus malas caras se esfuman al ver a su amiguito o amiguita en cuestión, y eso me hace creer con fervor que seguramente voy a tener un hijo o una hija que dentro de unos añitos ganará el Goya al mejor actor dramático y podré poner la estatua sobre la chimenea como un trofeo.

Uiss..., ¡qué mono me va a quedar!

Una vez llegamos al colegio, reparto besos a diestro y siniestro. Esa es mi venganza. Sé que les joroba, que no quieren demostraciones de afecto ante sus amigos, en especial Nerea y Aaron, pero yo no puedo remediarlo y, cuando consiguen escapar despavoridos, sonrío. Eso tampoco lo puedo remediar.

Tres minutos después, desde la valla, con el resto de las mamis del colegio, levanto la mano y les digo adiós con una sonrisa de oreja a oreja mientras pienso orgullosa, como la mamá pata de los cuentos: «Pero ¡qué bonitos son mis niños!».

Desayuno con cotilleos

Una vez mis *pezqueñines* desaparecen de mi campo de visión, me reúno con el grupo de papis y mamis con los que desayuno la mayoría de los días.

Me encanta saborear esos desayunos llenos de risas, complicidad y maldades. Porque, oye..., otra cosa no, pero esos momentos son cotilleo y chismorreos del bueno.

Por norma, solemos ser un grupo de cinco madres y dos padres. A veces somos más madres, pero los hijos somos los que cuento.

De lunes a viernes, en fechas escolares, nos reunimos todos alrededor de una mesa para tomarnos un cafetín en el bar La Osadía. El local de nuestra amiga y queridísima Dulce, que, todo sea dicho, nos trata como si esa fuera nuestra casa, y la tía se acuerda de cómo nos gusta el café a cada uno. ¡Menuda es Dulce!

Una vez en nuestra mesa y nuestras sillas, nos miramos y comienza la charla matinal.

—¿Visteis anoche «El Príncipe»? —pregunta Clara.

—Yo solo veo a Faruq... —murmura Yolanda—. Pero, Dios mío, ¿no os parece que ese hombre cada semana está más impresionante?

Rápidamente entramos al trapo. Sin duda, el tipo en cuestión es para pegarle un mordisco detrás de otro, cuando uno de los padres sonrío e indica:

—Para guapa, la que hace de su mujer... ¿Habéis visto qué carita tiene?

Todas lo miramos. Procesamos su información. La verdad es que la chica es muy guapa pero, pasando de responder, afirmo:

—Para carita, la de Faruq. ¡Ay, qué ojazos! Eso sí, los ojos de mi marido no tienen nada que envidiarle. Menudos ojazos verdes los de mi chicarrón.

Todos se miran y sonrían. Saben que estoy muyyyy encantada con mi marido, que lo adoro y que estoy tremendamente orgullosa de mis veinte años con él. Entonces Yolanda, que es una cachonda y la tía con menos vergüenza del mundo, suelta:

—Déjate de tonterías con tu marido. Lo mejor de Faruq no son sus ojos. Lo mejor es el morbazo que tiene de malo malote, imaginar lo que puede hacer en la cama y...

—Sus oblicuos —apunto.

Todas reímos. Imaginar a aquel adonis con cara de malo y cuerpo de caramelito en la cama..., uf, rápidamente se nos activa la circulación, aunque a mí quien de verdad

me la activa es mi Alfonso.

Pero, vamos a ver, ¿acaso los tíos, cuando se juntan en *cuchipandi*, no hablan de tías? Pues eso se acabó... Ahora somos nosotras, las mujeres, las que hablamos de tíos sin problema.

Que, oye..., podemos estar enamoradas como yo lo estoy de mi Alfonsito, pero ojos tengo, como los tiene él. Vamos, que ciega no estoy, como imagino que Alfonso no lo está por mucho que me quiera.

Tras unas risas, a cuál más perversa, y más aún tras oír a los dos padres meterse con nuestro ídolo, Faruq, Clara pregunta:

—¿Oblicuos? ¿Qué es eso?

Yo, que lo sé porque mi Alfonso los tiene de acerito fundido, respondo:

—Son los músculos que se encuentran en el abdomen y bajan como dos arcos de acero fundido hasta la pelvis. Dios..., ¡me encantan!

Paco y Luis se mueren de la risa, y las chicas también, cuando Clara insiste:

—No caigo... ¿Qué músculos son esos?

Asiento. Entiendo que no caiga. Su marido, el pobre Jesús, creo que nunca los ha tenido. Miro a mi alrededor en busca de un cachitas para poder señalarle a mi amiga dónde están esos músculos, pero nada. En la cafetería, a esas horas intempestivas, no hay nadie que los pueda tener. ¡Qué penica!

Miro a Paco y a Luis. No, tampoco me valen.

Son muy majos, pero oblicuos, lo que se dice oblicuos, creo que ni cuando eran veinteañeros. Paco debe de entender mi mirada, y rápidamente dice:

—Admito que los tengo, pero en mi caso están escondidos solo para que los disfrute mi dueña y señora.

Me río. Pobrecico, animalillo... ¿De verdad se cree que los tiene?

Todos soltamos una risotada.

Sin duda, allí ninguno somos perfectos, comenzando por mí, que vivo rodeada por un flotador en la cintura, que, dependiendo del día, me trae por la calle de la amargura.

De pronto se abre la puerta de la cafetería y entra Nuria. Ella trabaja en el ayuntamiento del pueblo donde vivimos. Ha ido, ha fichado y, ea, ¡a desayunar! Pero qué bien viven algunos funcionarios.

En un pispás, se integra en la conversación. Esta sí que sabe lo que son los oblicuos. Nuria está divorciada desde hace más de seis años y, como dice ella, vive la vida loca porque, para que su *body* se lo coman los gusanos, prefiere que se lo coman los cristianos.

—A ver... —dice mirando a Clara—, ¿recuerdas al Duque, el de la serie «Sin tetas...», cuando salía desnudo de cintura para arriba?

Oh, Dios..., todas asentimos con una boba sonrisa en la boca.

Recordar al Duque, nuestro Duque *made in Spain*, es organizar un revuelo de emociones, sensaciones y suspiros. Mira que era malvado en la serie, el muy canalla, pero, oye, era sonreírle a la suertuda de Catalina y, ea..., todo el mal hecho se nos olvidaba al noventa por ciento de las mujeres de España. ¡A mí, la primera!

Daba igual que fuera narcotraficante, que matara a su hermano, que fuera un cabroncete con su madre, nada..., absolutamente nada de lo que hiciera importaba, cuando nos hacía sentir lo mucho que amaba a Cata, y todas queríamos un Duque en nuestras vidas.

Continúo soñando con el Duque cuando Nuria, recreándose en cada palabra, añade:

—¿Recuerdas cuando salió boxeando en el gimnasio de su impresionante casa, al lado de una bonita piscina, vestido únicamente con un fino y sensual pantalón negro?

Todas asentimos. Lo recordamos..., lo recordamos...

—Oh, sí... —afirma Clara—. ¡Qué momentazo!

Volvemos a asentir. Momentazo..., momentazo.

—Pues esos musculitos en forma de arco que tenía a ambos lados del ombligo y que se perdían con más morbo que *ná* bajo esos pantalones, que yo se los arrancaba a mordiscos —cuchichea Nuria—, ¡son los oblicuos!

—Dios..., solo de recordarlo, estoy haciendo ventosa en la silla —murmura Yolanda.

La risotada es general. Somos más brutas que un *arao* cuando nos ponemos, y Luis, al ver la algarabía, protesta:

—¿El Duque? Yo no sé qué le veáis, si era bajito y cabezón.

Como si nos hubiera llamado algo terrible, le dirigimos nuestra mirada mañanera asesina. Entonces, Paco comenta divertido:

—Si es que las tías sois de lo que no hay.

—Yo que tú me callaba —afirmo.

Pero, sin escucharme, prosigue:

—Habláis de un narcotraficante con la voz del Pato Donald afónico, pero como le hacía ojitos a la protagonista de la serie, todas babeáis por él... ¡Sois patéticas!

Paco quiere morir. ¿Cómo se le ocurre comparar la voz de nuestro Duque con la del Pato Donald afónico?

Durante varios segundos, todas nos miramos, hasta que Yolanda suelta:

—Mira, guapo, la envidia es muyyyyyyyyyyyyy mala. El que tú seas un tío sin duda te da otra visión distinta.

—Sin duda. —Se mofa Luis con una gran sonrisa.

—Nosotras —prosigue Yolanda— hemos visto a un hombre enamorado de una mujer. Eso sí, rodeado por prostitución, drogas, delincuencia, asesinatos...

—Vamos..., lo normal. —Vuelve a mofarse Luis.

Normal..., normal... no es. En eso le doy la razón a Luis, cuando Clara protesta:

—Si no os importa, permitidnos soñar un poquito y no seáis cansinos.

Ellos se miran. No es la primera vez que hablamos de aquello.

—Pero... —insiste Paco.

—Paco —lo corta Yoli mirando al pobre incauto—, ten cuidado con lo que vasa decir, porque llevo el Evacuol en el bolso.

Con rapidez, Paco y Luis cogen sus cafés y los tapan con las manos. Yoli todo lo arregla con Evacuol. Que le caes mal, que le juegas una mala pasada o que eres como el idiota de su ex, la tía siempre se las ingenia para que un chorretón de aquel laxante acabe en tu bebida y te cagarrutees vivo durante días.

En ese instante aparece Alicia, otra de las mamás y, antes de sentarse, susurra con cara de maldad:

—¡Cotilleo fresco!

Todas y todos olvidamos al Duque, a Faruq y al Pato Donald y miramos a Alicia, hasta que esta se sienta y, bajando la voz en plan cotilleo... cotilleo..., suelta:

—Me acabo de enterar de que Susana, la divina del Audi A3 blanco que se cree que desciende de la sacerdotisa Abubi Rabuti, ¡se divorcia!

—¡Coño! —suelta Paco.

Un «¡Ohhhh!» general hace que nos miremos incrédulos como si hubiéramos oído algo tan esperado como que la crisis se acaba.

—¡¿Hablas de la Shakira?! —exclamo yo, y Alicia asiente.

—Pero ¿cómo puede ser? —pregunta Nuria—. ¿No se casó en noviembre con el del banco?

—Sí —responde Clara incrédula.

La muchacha de la que hablamos es la envidia de muchas mamis. Ella es el glamur personificado, la belleza natural, pero también la encarnación de la gilipollería. Se ponga lo que se ponga, la tía parece como recién salida del *Vogue*, eso sí, es abrir la boca y te dan ganas de meterle una coliflor a presión para que se calle.

—Pero vamos a ver, ¿habláis de la buenorra rubia de caderas perfectas y pechitos maravillosos? —pregunta interesado Luis, el divorciado.

—Sí, amigo, la que se casó hace cuatro días. —Asiente Paco.

Alicia, la muy puñetera, tras sonreír por el bombazo que nos acaba de soltar, da un sorbito al descafeinado que Dulce le ha traído e indica:

—Al parecer, su marido se ha dado cuenta, tras cuatro meses de casado, de que lo agobia el matrimonio.

—¡¿Qué?! —exclamamos todos al unísono.

Alicia asiente de nuevo sonriendo y cuchichea:

—A mí me ha dado hasta pena. Me la he encontrado cuando venía hacia aquí y me lo ha contado. Según dice, el tonto de su marido se ha dado cuenta de que no le gusta vivir en pareja y con el hijo de ella.

—Pero si está buenísima. Menuda pechuga que tiene la rubia —murmura Luis.

Lo miro. El muy lumbreras solo ve en ella un cuerpo. Vale..., la tía es tonta pero, hombre, por Dios..., ¡tiene un niño de la edad de mi pequeño y corazón!

—¡Hombres!... Si es que todos son iguales. —Suelta Clara al ver mi cara y entender lo que pienso.

Paco y Luis se miran con complicidad, y el primero dice levantando las manos:

—Que conste en acta que yo adoro a mi mujercita y por nada del mundo me separaría de ella.

Oírlo decir eso me hace sonreír.

Paco es de los pocos hombres que yo conozco que besa por donde Cristina, su mujer, pisa. Hacen una excelente pareja y él lleva de lujo que sea ella la que provea a la familia. En su relación, los papeles están invertidos. Ella trabaja fuera de casa, es una gran ejecutiva en una multinacional, y él se ocupa de la casa y de los niños.

Abstraída estoy pensando en la bonita vida de Paco y Cristina cuando oigo que Luis dice:

—A ver..., antes de que Yoli me eche el Evacuol en el café por haber dicho que la Shakira está buenísima, quiero recordaros que estoy divorciado, dolido y sin corazón, porque mi ex me la pegaba con otrosssssss, y cuando digo otrosssssss, ¡es otrosssssss!

En el pasado, el pobre Luis era un hombre engañado. Su mujer, Marisa, se liaba con todo bicho viviente mientras él viajaba por todo el mundo para la empresa para la que trabaja, hasta que finalmente los cuernos fueron tan descarados que Luis la dejó.

Todas asentimos, ¡animalillo!... Y al entender su mirada de cachorro abandonado, digo recordando a mi amiga Soraya:

—Bueno, hay que reconocer que no todos los hombres son iguales.

—No. No todos somos iguales. —Afirma Luis.

Del grupo, solo Paco, Clara y yo estamos felizmente casados. Qué triste debe de

ser enterarte de que tu pareja te engaña. Qué triste debe de ser llevarte esa decepción.

Cuando Yoli pilló a Manolo engañándola no con una, sino con dos, creí que lo mataba con el Evacuol, hasta que decidió divorciarse. Eso sí, hoy por hoy, la tía está feliz, y más cuando se va de juerga con Nuria y Alicia.

En ocasiones hemos salido juntas a cenar. Alfonso se queda con los niños, y yo salgo y entonces me doy cuenta de lo anticuada que me estoy quedando en muchas cosas. Ya no se liga con pedir fuego, con mirar, con invitar a bailar. Ahora se liga por las redes sociales, se queda con el chorbo en cuestión y, si la cosa fluye, pues polvete que te crio.

Por suerte, yo me mantengo al margen. Me lo paso bien con las amigas cuando salgo, pero no quiero líos. Yo soy fiel a mi Alfonso. Llevo toda la vida con él, y sé que él es tan feliz como yo. El pobre, cada vez que se tiene que ir de viaje varios días, casi hasta llora mientras lo ayudo a hacer la maleta, ¡angelito!

Sonríó sumida en mis pensamientos con mi maridito cuando oigo que Yolanda dice:

—Mira, Luis, lo mejor que te pudo pasar fue lo que te pasó. Si tu primo no llega a encontrarse a tu ex en ese hotel de carretera, todavía estarías casado con ella, y a saber Dios lo que podría haberte llegado a pegar.

—Calla..., calla... —murmura él arrugando el entrecejo.

—Está visto que el amor y la fidelidad son algo en extinción. —Afirma Nuria.

—¡No digas eso! —protesto ofendida—. No todos los hombres ni las mujeres son iguales. Mi marido está muy enamorado de mí y yo de él. Es un hombre detallista, ¿o acaso no os lo he dicho mil veces?

—Vale. Alfonso es diferente. —Matiza Nuria.

Oír eso me gusta. No quiero que metan en el mismo saco a mi marido. No, no se lo merece.

Yo, tu churri. Tú, mi cari

Quiero a mi marido.

Sin él no sería nada, aunque reconozco que, por las mañanas, cuando suena el despertador y no hace caso, mis instintos asesinos afloran sin ningún tipo de filtro, hasta que entre dientes siseo:

—Cari..., cari..., apaga el jodido despertador.

El centro de mi vida, que duerme como un leño, ni se entera, por lo que al final me incorporo, repto por encima de su cuerpo y la que lo apaga soy yo.

Una vez lo hago, lo miro. Sigue dormidito y ronca como un hipopótamo.

Pero, oye, ¡es mi hipopótamo!

Y, gustosa, me arrepanchigo contra él, enredo mis piernas en las suyas y murmuro melosona:

—Cari, tienes que despertarte, corazón.

—Estoy despierto, churri.

¡Ay, qué mono!

Todas las mañanas, igual. Pero si su madre me decía que, cuando era pequeño, lo vestía dormido y solo se despertaba cuando salían de la casa y recibía el aire de la calle.

Encantada, lo miro. Cómo quiero a mi Alfonso.

Él es el hombre de mi vida. Nos conocimos en una fiesta del instituto cuando los dos teníamos dieciséis años. Fue tal el flechazo que sentimos ese día, a pesar de que él es del Real Madrid y yo del Atlético, que ya no nos hemos separado. Aunque mi suegra lo ha intentado... ¡Menuda bruja, la amiguita!

Nos casamos cuando teníamos veintidós años de penalti. Calculamos mal y encargamos a Nerea antes de tiempo. Pero, oye..., la vida nos ha ido bien. Llevamos juntos veinte años. Madre mía, ¡veinte años!

En ese tiempo, hemos tenido en total tres hijos, una perra y tres coches. Y, lo mejor, Alfonso me sigue llamando «preciosa», «ninfa», «churri»... Me sigue mimando y es tremendamente detallista conmigo. Cada vez que regresa de sus viajes, siempre, siempre, me trae una flor o, si no ha tenido tiempo de comprarla, un huevo Kinder como a los niños. Eso sí, ¡mi detalle no me falta!

Por ello, enamorada, me aprieto contra él y, cuando siento que su mano se posa en mi cadera y baja directamente a mi entrepierna, sonrío, y más cuando dice:

—Churri..., aunque sea rapidito, merecerá la pena.

No lo dudo. Mi marido es un buen amante, aunque con los años su fogosidad ha mermado. Eso sí, le encanta que le dé ideas de cosas que leo en los libros eróticos.

Diez minutos después, tras el momento tórrido, mi chico se sienta en la cama y comienza su ritual mañanero.

Abre la boca como un hipopótamo, se toca su maravilloso pelo, mira la pared, se restriega los ojos con tal fuerza que estoy segura de que cualquier día se sacará uno, vuelve a tocarse el pelo, después se rasca las axilas y, para acabar el ritual, el cuello y las orejas.

Después se levanta, vuelve a tocarse el pelo, coge un calzoncillo limpio y se va directo a la ducha, mientras yo remoloneo en la cama y noto cómo mi vagina aún siente espasmos de placer.

Diez minutos después, sale del baño y comienza su segundo ritual cuando pregunta:

—¿Tengo calcetines limpios?

Abro los ojos y lo miro.

Lo quiero. Juro que lo quiero, pero el amor en ese instante ya no está en mi mirada.

Tras tropecientos puñeteros años de matrimonio, aún no ha entendido que los calcetines están en una estancia rectangular llamada «cajón», y que para saber si hay o no, solo tiene que abrirlo. ¡Hombres!

Una vez discutimos como tooodas las mañanas por los calcetines, el tío se toca el pelo, abre el cajón, saca unos calcetines, abre el armario y, tras coger una camisa y un pantalón, regresa al baño.

Veinte minutos después, mi adonis sale hecho un pincel. Por Dios, pero qué buen ver tiene mi machote de ojos verdes. Orgullosa, lo miro mientras él se retoca el pelo, ¡faltaría más!

Mi marido es como los buenos vinos, con los años mejora y, tras dedicarme una de sus increíbles sonrisas, me da un beso en los labios y murmura:

—Que tengas un bonito día, preciosa ninfa.

Como tonta, sonrío.

Me gusta que me diga eso antes de marcharse a trabajar. Una vez cierra la puerta de la habitación, cojo su almohada y me sumerjo media horita más en los brazos de Morfeo, mientras soy consciente de la suerte que tengo y de lo maravilloso que es compartir cama, besos y complicidad con él.

El zúper

Tras el buen inicio de mañana pasado con mi maridín, llevar a los peques al cole y desayunar con los amigos, cuando me despido de mi *alocapandi*, me monto en mi Seat Ibiza verde que, todo sea dicho, ¡me encanta!, y decido ir a comprar al *zúper*, como dice mi hijo pequeño, antes de ir a trabajar. Estoy empleada unas horas en una residencia de ancianos durante las comidas.

No es el trabajo de mi vida, pero, ya que no puedo trabajar en lo mío, que soy gestora, al menos realizar esa labor me llena. Durante años trabajé en una gestoría, hasta que mi padre cayó enfermo y mi madre y él no pudieron seguir echándome una mano con los niños.

Por aquel entonces, yo vivía en Argüelles, pero al enfermar mi padre, y mi madre tener que cuidarlo, solo me quedaron dos opciones: o seguir trabajando y pagarle la totalidad de mi sueldo a quien se encargara de mis hijos, o dejar de trabajar y ocuparme yo de ellos.

Alfonso y yo lo pensamos mucho. ¿Qué podíamos hacer?

Yo no quería dejar de trabajar, había luchado mucho por conseguir ese puesto en la gestoría, pero al final primó el sentido común y creo que hice lo correcto, a pesar de lo mucho que me costó decidirme.

Finalmente sacrifiqué mi empleo. Alfonso ganaba el doble que yo, y el hecho de que él lo sacrificara sí que nos habría descolocado totalmente. Viviríamos un poco más justos, pero bueno, podríamos vivir.

Dos meses después de dejar la gestoría, me daba de cabezazos contra las paredes. Había pasado de ser una mujer que se arreglaba todos los días para ir a trabajar a convertirme en una mamá que no se quitaba el pijama para estar con sus pequeños en casa.

Pero a todo se acostumbra una, y me acostumbré.

Dejé a un lado las comidas con las compañeras, las cenas de empresa, los tacones, los maquillajes y los cotilleos empresariales para asumir al cien por cien que ¡soy una mamá!

Por suerte para nosotros, dos años después Alfonso ascendió en la empresa y su sueldo se duplicó. Eso nos dio aún más tranquilidad, y decidimos invertir en nuestra primera casa, ya que siempre habíamos estado de alquiler.

Pero, en vez de comprarla en Madrid centro, decidimos irnos a cuarenta

kilómetros. Concretamente, al pueblo donde me crie y viven mis padres. Tras esa decisión, mi suegra me hizo la cruz. Si antes ya le gustaba poco, porque encima soy del Atlético de Madrid, ahora, que me había llevado a su niño a vivir fuera de la capital, ¡ya ni te cuento!

Según ella, ¡la gran iluminada!, yo soy una pueblerina por haber crecido en un pueblo de Madrid, mientras que ella y sus hijos son unos señores por haber vivido siempre en la capital. ¡Más tonta no puede ser, la colega!

Pero, mira, desde hace mucho, lo que diga me entra por un oído y me sale por el otro, y lo bueno es que a Alfonso también. Ahora que vivimos allí, en verano puedo darme el gustazo de llevar a los niños todos los días a la piscina de la urbanización. Incluso es un gustazo estar cerca de mis padres y de Soraya, mi gran amiga.

Lo bueno de vivir en un pueblo es la tranquilidad, escuchar a los pajaritos en vez de los bocinazos de los coches. Lo malo, que cuando te tiras un pedo se entera todo quisqui gracias al cotilleo.

En el supermercado creo que cualquier día me van a dar la tarjeta de clienta vip o me van a hacer la ola cuando entre.

Día sí, día también, los visito. Vamos, que las cajeras y hasta el repartidor del pan de molde ya son íntimos amigos míos.

Pero, vamos a ver, ¿por qué en mi casa se come tanto?... Solo somos cinco y una perra.

Mis hijos van diariamente al comedor del colegio, pero es llegar a casa y son como las termitas: ¡arrasan con todo! Y la nevera tiembla.

Mis padres, que suelen venir por las tardes para visitarnos, sonrén. Les encanta verlos comer, y mi madre siempre dice:

—Pero E, ¿por qué no los sacas del comedor y les das de comer en casa? Estos niños se quedan con hambre, ¿no lo ves?

¿Que no lo veo? Pues claro que lo veo, pero ¡ni loca los saco del comedor!

—Mira, mamá, yo trabajo a mediodía, ya lo sabes —respondo con suavidad tras sonreírle a mi padre—. Mientras pueda permitirme pagarlo, ¡van de cabeza! En casa solo comen lo que les gusta, y en el cole comen de todo. Y, cuando digo de todo, digo verdura, legumbres, etcétera, etcétera.

Lógicamente, mi madre, una madraza y mujer de su época que nos ha criado a mis cuatro hermanos y a mí con guisos de cuchara y postre todos los días, tras suspirar, susurra con gesto reprochador:

—Ay, hija..., las madres de hoy vais a lo cómodo.

¿A que le contesto?... Pero no me da tiempo, puesto que prosigue:

—Pues que sepas que a A, B y D siempre les gustaron las verduras, mientras que a C y E, *uséase*, tú, ¡nunca os gustaron!

Resoplo. Mi madre y su manía de llamarnos así a mis hermanos y a mí. «A» es Andrés; «B», Blanca; «C», Carlos; «D», Damián, y «E» soy yo, Estefanía.

Mis padres decidieron tener su propio abecedario en casa, aunque en la «E» se les cortó el chorro. Al parecer, cuando yo nací, el médico le ligó las trompas a mi madre por no sé qué problema y, aunque ella nunca dice nada, sé que le dolió. Sin duda estaban dispuestos a llegar a la «Z», ¡qué miedito!

Mi madre sigue y sigue despotricando de las madres de hoy en día.

Pero, vamos a ver, ¡¿qué parte de «Yo trabajo a mediodía en la residencia de ancianos» no entiende?!

No..., no..., me niego a decírselo por trigésima novena vez en el mismo mes.

Mi madre no quiere escuchar lo que le digo. Según ella, yo no necesito trabajar porque Alfonso satisface todas nuestras necesidades. Vale, tiene razón. Pero algo en mí me dice que valgo para algo más que para estar en casa haciendo comiditas de puchero y limpiando mocos.

Mi padre me mira. Sé que piensa como ella. Es muy tradicional. Son tal para cual. Así pues, simplemente sonrío, me encojo de hombros y ¡a otra cosa, mariposa!

Tras aparcar mi coche en el supermercado, voy a la zona donde están los carritos, meto cincuenta céntimos y, mientras entro, saco la interminable lista de la compra y comienzo mi recorrido. Arroz, huevos, leche, pollo... Sonrío al ver lo que mi pequeño demonio Aaron ha escrito:

Hola, preciosa... Compra güevos Kinder, choco y palmeras de chocolate rayadas.

¿Se nota que les gusta el chocolate? En mi casa, el chocolate no se come, ¡se aspira! Es llevar una tableta a casa y desaparecer. Al principio pensé que alguien entraba por las noches a robármelo, pero no... Una tarde descubrí que eran Aaron y David quienes lo engullían como ratones. Eso sí..., qué ratones más monos.

Nerea, mi hija mayor, casi no lo prueba, pero no porque no le guste, sino porque está con el pavo y no quiere engordar como su madre. ¡Ya empezamos! En fin..., sigamos.

Al pasar por el pasillo de los desodorantes, me quedo mirando unas cajas y veo que pone «Lubricantes con sabores». ¡Qué fuerte! Y, sobre todo, ¡qué moderno es el *zúper*!

Aunque, para moderno, mi Alfonso cuando me regaló un vibrador hace dos años.

Al principio no entendí ese regalo: ¿para qué quería yo aquello si él me daba lo que me gustaba? Rápidamente, mi chico me recordó que yo le hablaba de los libros eróticos que leía y que, en ellos, las parejas solían incluir juguetitos en sus vidas.

Vale. Lo acepté. Tenía razón y, cuando me familiaricé con el juguetito, me animó a que le pusiera hasta un nombre. Al final, tras mucho pensarlo, decidí ponerle el nombre de alguien que últimamente me daba muchas satisfacciones, y le puse *Simeone*.

Con el tiempo, *Simeone* pasó a formar parte de mi vida, y hoy por hoy ya no podría vivir sin él. Es más, creo que hasta Alfonso le tiene celillos porque, en algún momento dado, prefiero su juego al de él.

Sonriendo estoy pensando en mi maravilloso *Simeone* cuando decido coger un gel lubricante con sabor a fresa. Jamás lo he probado, pero me encantará descubrir sus maravillosos poderes con mi Alfonsín.

Segundos después, una vez cargo la leche en el carro, me encuentro con Lucy, la madre de Joel, que va a la clase de mi David. Ella y su familia son ecuatorianos, gente muy amable, encantadora, pero habla lentoooooooooooo..., lentoooooooooooo, y yo, que voy siempre *acelerá* como una moto, me estreso a más no poder.

Al final, tras una charla apoyada en el arcón de los congelados y con el culo acorchado por el frío, consigo comenzar a despedirme de ella. Ay, Dios, me deprime cuando empieza a hablarme de sus penalidades para encontrar trabajo. Vamos, como si yo, por ser española, pudiera trabajar donde quisiera..., que la crisis nos afecta a todos.

¡A TODOS!

Una vez consigo despegarme de Lucy, sigo empujando mi maxicarro. Llego a la zona de las verduras, esas que exige mi Alfonso para mantenerse en forma. Allí, pillo lechuga, espinacas, setas, calabaza, tomates...

¡Pero bueno! ¡Cómo han subido los tomates!... ¡Qué vergüenza!

El otro día vi un programa en la televisión de los pobres agricultores españoles, precisamente de los que cultivan tomates raf. Esa pobre gente, tras currar de sol a sol todas las horas del mundo y más, vendía el kilo de tomates a veinte céntimos, para que luego yo vaya al súper y los compre a cuatro euros con quince céntimos. Lo dicho: ¡vergonzoso!

Con el mosqueo por el precio de los tomates, llego a la caja.

Allí hay dos personas delante, una mujer de la edad de mi madre y el que imagino que es su esposo. Ambos miran mi carro y después me miran a mí.

¿Qué se piensan? ¿Que me voy a comer todo esto yo sola?

Al final, el hombre asiente y me suelta:

—Con esto tendrás para un mes, por lo menos...

Al ver que habla conmigo, yo, que soy muy educada, respondo:

—Pues no, señor. Con esto tengo solo para una semana..., ¡si llega!

Ambos se miran sorprendidos, y luego la señora susurra:

—Pero, chiquilla, ¿cuántos sois en tu casa?

Veamos, puedo decir que dos niños, una adolescente, un marido, una servidora y una perra.

También puedo decir que tres pirañas, un marido, una servidora y una perra.

O quizá, dos devoradores de chocolate, una antichocolate, un obsesionado con la verdura, una servidora, que se lo come todo, una perra torrijera y, circunstancialmente, los dos gatos del vecino.

O tal vez, dos angelitos más sus amiguitos, una adolescente y sus amiguitas, un marido y sus amigotes, una servidora con sus amigas, mi perra con sus amiguitos y, en ocasiones, mis padres, mis hermanos y la vecina.

O, por último, gritarles: «Y a ustedes ¿qué narices les importa?».

Pero, repito..., como soy muuuuuy educada, que para eso mi madre se gastó el dinero en el colegio de pago de monjas, sonrío y respondo tras suspirar como una buena chica:

—En casa somos cinco y una perra, y todos de buen comer.

La pareja asiente y da por satisfecha su curiosidad.

La cajera, Loli, que me conoce, sonrío, y con la mirada le grito: «Ni se te ocurra abrir la boca». Ella me entiende y pasa por el escáner la compra de los jubilados.

—Siete euros con veintisiete céntimos —dice mirándolos.

La mujer hace una seña al hombre para que comience a embolsar, y él, obediente, se afana en la difícil tarea que es despegar los dos lados de la bolsa para meter su compra.

Lo miro. El pobre se humedece los dedos con la lengua y comienza..., bolsa para arriba..., bolsa para abajo. Por aquí no se abre..., por aquí tampoco. Al final, doy un paso al frente, cojo una bolsa y, tras hacer un mágico juego con los dedos, abro una y se la entrego con una sonrisa.

—Gracias, hija, ¡no había manera! —Me agradece el hombre, feliz.

Yo vuelvo a mi lugar, junto a mi maxicarro.

—Siete euros con veintisiete céntimos, señora —repite Loli, la cajera.

La mujer, que ha estado mirando con detenimiento el trajín de su marido con la

bolsa y mi eficiencia, asiente y, para mi desesperación, se saca tranquilamente un pequeño monedero de debajo del sobaco y, monedita a monedita, comienza a ponerlo sobre el escáner.

—Cuatro..., cinco..., seis..., siete... Siete con cinco, diez, quince, dieciséis...

Respiro..., respiro e intento no perder la paciencia mientras comienzo a llenar la cinta transportadora para que Loli empiece a escanear en cuanto la mujer acabe de contar céntimo a céntimo.

Una vez Loli coge la totalidad del dinero que la mujer debía pagar, me mira y, cuando está diciéndoles adiós con una sonrisa la mar de profesional, de pronto oigo a mi espalda:

—Hay que ver, hija..., siempre nos encontramos en el mismo sitio.

¡Horror..., pavor y estupor! La vecina de mi madre.

Con sopor, me doy la vuelta y allí está Hilaria, más conocida por la Clinton en la urbanización de mis padres desde que su marido es el presidente de la comunidad. Esbozando una de mis sonrisas más falsas, la saludo y digo en tono de mofa:

—Ya sabes, Hilaria, en cierto modo, el súper es el club social del pueblo.

Como es de esperar, ella ni me mira. Solo observa los productos que están sobre la cinta, para luego cotorrearlo con sus amigas, y me pregunta cogiendo algo:

—¿Esa crema anticelulítica es buena?

Sin mirar a la susodicha, sé a lo que se refiere, y respondo mientras un hombre, por cierto de muy buen ver y que no sé de dónde ha salido, espera su turno detrás de mí.

—Sí. Es buenísima.

Como una autómatas, comienzo a guardarlo todo en bolsas. Vaya..., tengo un ritmo estupendo, pero la Clinton, con el pelo cardado, vuelve a atacar.

—Cuántos paquetes de compresas llevas... ¿Ya le ha venido la regla a tu hija?

¡La madre que parió a la Hilaria! ¿Se tiene que fijar en todo?

Y, echando una ojeada a la cinta, veo el gel lubricante con sabor a fresa. Malo..., malo, pero como la que no quiere la cosa, sin dejar de meter la compra en las bolsas, respondo sin mandarla a freír espárragos:

—Sí. Ya somos dos mujeres en casa.

Pero, no contenta con mi respuesta, la Clinton señala el chocolate, los Kinder y las palmeras y, con la maldad que la caracteriza, suelta mirando al hombre que espera su turno, y que, por su gesto, sé que está con la antena puesta:

—Digo yo, querida, que de nada te servirá tanta crema anticelulítica si luego te atiborras a chocolate. Luego no te quejes de tus morcillitas.

Bueno..., bueno..., bueno... ¡Hasta aquí hemos llegado!

¿A que la mando a freír morcillitas?

Se me ocurren mil respuestas, a cuál más ordinaria, y, aunque intento que mi glamur de mamá pausada y consecuente no caiga por los suelos, noto un extraño veneno que me corre por las venas. Pillo el gel lubricante con sabor a fresa y, con la maldad instalada en cada poro de mi piel, siseo:

—El chocolate es para mis niños, Hilaria, y esto... —digo enseñándole el gel—. Esto sí que es para mí. ¿Alguna pregunta más o prefieres cerrar el buzón que tienes por boca?

Guauuuuuuuu, pero ¿qué acabo de hacer?

Diosssssssssss, no he podido contener mi vena satánica, y todo el mundo hablará de ella durante meses en el pueblo. Si es que cuando me pongo, soy lo peor de lo peor, y la Clinton, con sus indiscreciones, ha sabido sacar lo peor de mí.

Tras lo que he dicho, veo que Loli y el tío de la fila se miran y sonríen, mientras la Clinton agarra el bolso, levanta la barbilla y, sin decir nada más, se marcha.

La he ofendido... ¡Anda y que le den morcillitas!

Loli, que sigue escaneando los productos, me mira y yo suspiro y, entonces, una voz desconocida me dice cerca de mi oído:

—Si yo hubiera sido tú, le habría contestado muchísimo peor.

Ainsss, madre, ¡qué voz!

Ainsss, madre, que se me ha puesto todo el vello de punta.

Y, cuando me vuelvo, veo que el dueño de aquella voz increíble no es otro que el hombre que pacientemente espera su turno. Como puedo, me agarro a la cinta. Aquel hombre es el típico..., típico..., típico tío bueno, que tienes que decir que está bueno porque lo está, y lo está y lo está por mucho que yo quiera a mi marido.

Vale. Adoro a mi Alfonso y solo tengo ojos para él porque soy la mujer más fiel del mundo, a pesar de mis conversaciones mañaneras con las amigas, pero, madrecita, a este lo tengo que mirar y admirar sí o sí. ¡Verás cuando les hable de él a las chicas!

¿Será del pueblo? ¿Vivirá en alguna de las urbanizaciones?

Alto, ojos claros y vivaces, pelo rubito largo y muy del estilo de mi actor preferido, que no es otro que Chris Evans.

Me tiembla la mano. Pero, por Dios, ¿estoy nerviosa y colorada como un tomate?

Sin saber por qué, me coloco el pelo tras la oreja con coquetería y, mientras dejo el gel con sabor a fresa sobre la cinta para que la cajera lo pase, cuchicheo sin trabarme:

—Lo de esa mujer es increíble, ¡si yo te contara!...

Hogar, dulce hogar

Mientras conduzco y me encamino a mi urbanización, sonrío y canturreo las canciones que salen por la radio, ¡soy muy cantarina! Cuando llego ante mi chalecito adosado, le doy al botón para que se abra el garaje. Entro, paro el coche, me bajo, y *Torrija* viene a babosearme.

Pienso si sacar las bolsas del vehículo o sacar a *Torrija* al campo, y decido lo segundo. ¡Le toca hacer sus pipís y popós!

Una vez cojo la cadena y se la engancho al collar para que los polis del barrio no me multen por llevarla suelta, salgo de casa. *Torrija* va feliz. Camina con paso brioso y alegre. Sabe que vamos hacia el campo y está encantada.

Como siempre, la patrulla de la poli que pasa cada mañana para vigilar que seamos cívicos me mira. Yo sonrío. No me preocupa. Llevo a mi perra sujeta con su correa y está muy bien educada. *Torrija* no hará ni pipí, ni popó hasta llegar a la arena del campo, ya me he encargado yo de que sepa que en la acera ¡eso no se hace!

Nunca entenderé a esos dueños que permiten que sus perros caguen en la acera. Vamos a ver, eso puede pasar una vez, dos, pero, hombre, enséñale a tu perro que allí no se hace y, sobre todo, lleva una bolsita para recogerlo si ves que se le escapa. Porque, seamos sinceros, yo tengo perro, pero ni te imaginas lo mucho que me joroba ver popós grandes o pequeños en la acera cuando voy paseando. Y si a mí me joroba, que tengo perro, no quiero ni pensar lo que debe de jorobarles a los que no les gustan los perros.

Una vez llego al campo, sin soltarla, puesto que *Torrija* es un poco desobediente, según sus patitas pisan la arena, se posiciona, mira al cielo y hace un largo e interminable pis. Dios, qué a gustito se está quedando.

Acabado el primero, metros más allá hace un segundo y, después, un tercero y luego, sobre un montículo, hace el popó y, después, otro pipí mientras huele y disfruta de su salida mañanera.

Tras pasear media hora por el campo con *Torrija*, decido regresar. Una vez en casa, le doy su galletita, que ella acepta encantada y, después, le abro la puerta de la cocina para que salga a la parcela.

Con *Torrija* fuera, enciendo la radio y rápidamente me pongo a tararear con mi particular inglés una canción de Beyoncé. Mira que es impresionante, la morenaza. Cómo se menea, cómo baila con esas botas de taconazo que le hacen unas piernas

interminables, y cuando le da el aire en la cara y el pelo se le mueve con esa naturalidad, yo solamente quiero gritar: «¡Si me reencarno, quiero ser Beyoncé!».

Una vez tengo todas las bolsas del *zúper* en la cocina, comienzo a guardarlo todo y entonces oigo que suena el teléfono de casa. Al mirar la pantallita, veo que se trata de mi suegra y decido no cogerlo. Que deje el mensaje en el contestador y ya la llamará su hijo.

«Alfonsito, hijo, soy mamá. Te estoy llamando al móvil y no me lo coges. Aisss, cariño, ¡si es que trabajas mucho! Bueno, llamo para decirte que esta mañana he ido al callista y me ha acompañado tu hermana Irene. Llámame y te cuento. Besos para ti y los niños».

Sonríó al oír el mensaje y me alegro de no haberlo cogido. Besos para él y los niños..., y a mí, como siempre, que me zurzan, ¿no?

Nunca le gusté para su amado hijo y, ya tras tantos años, lo he asumido y aceptado. Vamos, ¡que no me quita el sueño que me omite!

Pienso en Irene, mi cuñada. Ella sí que vale. Si algo bueno hizo mi suegra, fue a mi marido y a mi cuñada. ¡Eso lo hizo de diez!

Dispuesta a no seguir pensando en la bruja de mi suegra, continúo guardando cosas.

Esto aquí. Esto allí. Esto otro es para subir a la planta de arriba, por lo que lo dejo en la escalera. Más tarde lo subiré, pues tengo claro que, aunque mis niños o Alfonso lo vean, ni lo tocarán. Debe de ser que solo es cosa de madres subir lo que se queda en la escalera.

Cuando veo el gel de fresa, sonrío y me imagino a mi Alfonso cuando le dé el olorcito a fresas, ¡con lo que le gustan a él! Conociéndolo, seguro que me hace comprar nata el próximo día... ¡Me parto!

Con una sonrisa en los labios, miro aquello, y, cuando veo que caduca en 2019, murmuro:

—Vaya..., espero acabarlo antes.

Tras soltarme unas risas yo sola, lo dejo también en la escalera. Más tarde, antes de que lleguen los niños del cole, lo subiré junto al resto de las cosas y lo guardaré en mi mesilla.

Terminada de colocar la compra, me doy una vuelta y abro las ventanas. Como una máquina, saco el aspirador, aspiro y, cuando acabo, me cargo como una mula con todo lo que he dejado pendiente en la escalera y subo para hacer las camas. Hoy toca eso, mañana pasaré el polvo y plancharé.

¿Quién ha dicho que ser madre, trabajadora y mujer casada es fácil?... Algún

ILUMINADO..., seguro.

Porque no..., no es fácil, pero cuando le coges el tranquillo y te acostumbras, sale natural. Vamos, como si yo hubiera sido creada para ello.

Mi Alfonso, aunque lo quiera, no es perfecto. Es algo exigente con la ropa, en especial con sus camisas, y un poquito tiquismiquis con la comida sana, pero vamos, que no lo cambiaría ni aunque el mismísimo George Clooney viniera a casa a invitarme a un expreso y a decirme que soy la mujer de su vida, blablablá..., blablablá.

¿Sabéis por qué?...

Pues porque George, como Alfonso, tarde o temprano, me enseñaría su faceta de tío normal y corriente, comenzaría a dejarse las alfombrillas de la ducha en el suelo, se tiraría pedos como todo bicho viviente, exigiría que sus camisas estuvieran perfectas y se pondría en plan sexy-machote cuando a mí me dolieran los ovarios y lo que menos me apeteciera fuera que me tocaran.

No, definitivamente, a Alfonso ya le tengo cogido el tranquillo, y no estoy yo por la labor de pillárselo al Clooney. Lo reconozco: ¡estoy vaga!

A las doce y media, tras acabar el zafarrancho en mi casa, me dispongo a ducharme.

Mientras me desnudo, abro el grifo del agua, pero inexplicablemente hoy, mis ojos, esos que todo lo ven, se han fijado en la báscula del baño.

Vaya, ¡pero si sigue donde siempre!

De repente me entran unas irresistibles ganas de pesarme, cosa rara, pues el que siempre se está pesando es Alfonso. ¡Qué manía tiene con pesarse! Todos los lunes se pesa.

Hoy es lunes y, mira, ¡me voy a pesar yo!

Por ello, agarro la báscula y tiro de ella. La miro como el que mira a su enemigo y la dejo a mis pies.

De pronto, la duda se instala en mí: ¿debo pesarme?

Miro hacia el espejo y veo mi reflejo en él. La verdad es que no estoy mal. Soy una morena muy española de ojos castaños, aunque, bueno, tengo acoplada a la cintura mi morcillita.

Con los años, adelgazar es cada día más difícil y, yo no sé tú, pero yo ahora, cuando cojo un kilo, lo pillo a plazo fijo. Engordarlo lo engordo con una facilidad aplastante, pero ¿y adelgazarlo? Que no..., que no..., que mi cuerpo ya no funciona como funcionaba.

Con las manos en la cintura, sigo mirándome en el espejo y, cuando hago un

Pataki, vamos, me doy la vuelta para mirarme el trasero, alias culazo... Oh..., Dios, ¡oh, Dios! Pero ¿qué es eso? ¿Qué le ha pasado a mi culo?

Incrédula, me empino para verme mejor en el espejo y suelto un «¡Joder!». Después, otro «¡Joder!», y finalmente, otro «¡Joderrrrrrrrrrrrrrrrrrrr!» más alto y bochornoso al ver unos hoyuelos en mi trasero que la última vez que me lo revisé no vi..., ¿o sí?

—*Mecagoentoloquesemenea...*, ¡pero si parece que me han dado perdigonazos!

Sin querer seguir observando mi perdigoneado trasero, vuelvo a mirar la báscula. ¿Me peso o no me peso?

Dudo... Ahora ya dudo qué hacer. Lo de mi trasero me ha traumatizado, pero al final me lanzo a la piscina. Tomo las riendas del momento y, mirando al techo, cuento hasta tres y me subo a la báscula.

Durante varios segundos sigo mirando al techo, que, por cierto, hay que pintar, que está amarilleando, mientras soy incapaz de bajar la vista y mirar la báscula, hasta que finalmente lo hago y, ¡zas!, leo lo que pone:

77,400 kg

—¡Imposible! —grito bajándome.

No..., no..., no..., aquí hay algo que no cuadra. Me miro de nuevo al espejo e insisto:

—Esta báscula está mal. No he podido engordar ocho kilos sin enterarme.

Desnuda, cabreada y molesta, me agacho para hacer girar la ruedecita y ajustar el peso y me vuelvo a subir:

77,500 kg

—¡Y una chorra! —grito como una posesa.

Tras varios intentos, en los que, cada vez que me subo, engordo cien gramos, finalmente me bajo, cojo la báscula y la meto en el lugar de donde nunca debería haber salido. Me ducho, me visto y me voy a trabajar.

No quiero pensar en el peso. No... ¡Me niego!

La candorosa

Entro a trabajar a la una y media y salgo a las cuatro de la tarde. Es un horario raro, pero a mí me viene ¡de lujo!

Lo bueno, que lo tengo a dos minutos de casa. Lo malo, que no es el trabajo de mi vida. He pasado de tratar con directivos exigentes que me miraban el escote a tratar con abuelitos exigentes que me miran el trasero.

Madre mía..., madre mía..., lo perdigoneado que lo tengo...

Cuando llego a la residencia La Candorosa, el abuelito que siempre está sentado en la entrada me saluda levantando su arrugada mano.

—Buenos días, mocetona.

—Buenos días, señor Félix —saludo sonriente.

Si algo bueno tiene trabajar con personas mayores es lo cariñosas que suelen ser. Aunque, bueno, lo cierto es que hay de todo. Está el gruñón o gruñona que protesta por todo; el llorón o llorona que se emociona simplemente porque le das los buenos días; el sonriente que se ríe de todo aunque sea un gran drama; el cándido o amoroso, que es un gran comprensivo, y el caradura, que, si te descuidas jugando con él al parchís, te deja en bragas.

Ah... y, por supuesto, también está el que intenta meterte mano argumentando que, como es viejecito, no se entera. Pero, ay, puñetero, ¡claro que te enteras, y si cuela..., cuela!

—Estefanía. —Me llama doña Eulalia, una de las ancianas—. He acabado la rebequita azul marino para tu niño.

Ay, Dios..., me emocionan.

Tengo varios abuelitos en la residencia que me han adoptado.

Me quieren, se preocupan por mí y les encanta que mis hijos pasen a verlos de vez en cuando. Eso sí..., deberíais ver la cara de mi hija mayor, que ya tiene catorce años, cada vez que doña Eulalia se empeña en que se ponga uno de sus jerseicos de canalé... Jajaja... Me mondo...

Durante horas, trabajo para intentar que la vida de estas personas sea más amena, más divertida y, en cierto modo, más emocionante. No me cuesta nada escucharlos, mientras los animo a comer, a que se tomen sus pastillas y a evitar, por ejemplo, que la señora Juana se coma los huevos rellenos de su buena amiga, la señorita Encarna. Sé que le encantan, pero luego le sientan fatal.

—Pero, *jodía* —se queja la señora Juana tapando su plato—, ¿por qué no te vas un ratito a ver si Cándido se come el puré?

Divertida, la miro. Al parecer, la he vuelto a pillar y, cuando se resigna y retira sus manos del plato, pregunto sonriendo:

—Pero, mujer de Dios, ¿pensabas comerte ocho huevos?

Juana me mira y se encoge de hombros. Va a responder cuando el señor Adolfo, el de la 203, que está sentado a la mesa de al lado, dice entre risas:

—Yo le he propuesto que se coma los míos también, pero me ha llamado degenerado.

—¡Es usted un cochino! —Gruñe la señorita Encarna al oírlo—. Este viejo tiene una mente muy... muy sucia.

—Dijo la jovencita. —Se mofa él.

Sorprendida, intento no reír cuando el pobre señor Adolfo protesta:

—Encarna, me consta que eres mocita a tu edad, pero tienes la mente más calenturienta que el propio infierno.

La aludida, soltera y profesora de toda la vida de religión, se tapa la boca y, roja como un tomate, murmura:

—Virgen del Perpetuo Socorro, ¡qué obscenidad! ¡Degenerado!

Juana y yo nos miramos con complicidad y sonreímos. Si hay dos personas diferentes en todos los sentidos en la residencia La Candorosa, sin duda son la señorita Encarna y el señor Adolfo. Ella, una mujer de setenta y cinco años soltera y entera, y él, un vividor de ochenta con más salero que las patatas al punto de sal.

Como es de esperar, los dos rivales se enzarzan en su particular discusión hasta que la señorita Encarna, ofendida y alterada, se levanta y se marcha muy digna y estirada a su habitación.

Restablecida la paz, le quito a doña Juana seis huevos y, cuando comienza a comerse el resto, me siento a la mesa del señor Adolfo.

—¿Qué miras, jovencita?

Oh..., que me llamen «jovencita» me hace rejuvenecer cientos de años, ¡me encanta! Con una sonrisa, le guiño el ojo y pregunto:

—¿Puedo tutearlo hoy también?

—Estás tardando, mocita.

Sonrío. Él también lo hace, y pregunto:

—Vamos a ver, Adolfo, ¿cuál es el motivo por el cual siempre te estás metiendo con la señorita Encarna?

Al oírme, el muy picaruelo se encoge de hombros, pero instantes después sonrío y

dice:

—Me gusta ver cómo se enfada esa vieja cacatúa. ¡Es muy graciosa!, a la par que bonita, y, cuando se enfada, arruga la nariz de una manera que me encanta.

Sorprendida por ese descubrimiento, por saber que el amor, aun con ochenta años, puede lograr que te plantees hacer tonterías, digo en susurros:

—Adolfo, ¿me estás diciendo que te gusta esa mujer?

Él meneaba la cabeza y pone los ojos en blanco, pero finalmente cuchichea:

—Sí... Me ha tocado el corazón.

Me río. Él también, e insisto:

—Te ha tocado el corazón y por eso la haces rabiar.

El puñetero de Adolfo no habla, pero con su mirada y su sonrisa me responde. Y yo, incapaz de no decir nada, susurro con cara de Pícaro Viborita:

—¡Serás sinvergüenza, a la par que ligón!...

Él sonríe mientras meneaba la cabeza, y yo decido levantarme de la mesa y dejar de hacer de alcahueta. No quiero ni pensar lo que podría ocurrir si la señorita Encarna se enterase de semejante bombazo.

Ella..., ¡una rompecorazones!

Voy al control sonriendo y preparo en vasitos la medicación y, después de repartirla y cerciorarme de que se la han tomado, me siento con algunos de los ancianos, a los que tanto adoro, para hablar un ratito.

Su palique y sus confidencias son amenos, en ocasiones tristes y, otras veces, tronchantes. Dependiendo del momento en el que se encuentren, sus recuerdos son difusos y lejanos, y otras veces cercanos y claros como la vida misma, y a mí me encanta escucharlos. Ellos son la sabiduría y, aunque en ocasiones se repiten, son maravillosos.

A las cuatro, tras despedirme uno por uno de mis abuelitos y prometerles que al día siguiente regresaré, salgo de mi trabajo y acelero para llegar al colegio y recoger a mis *pezqueñines*.

El resto de la semana transcurre como otra cualquiera. Alfonso se va de viaje y yo me quedo en casa con los niños.

Niños..., niños...

El viernes, a las cinco menos cinco, tras comerme con rapidez una manzana Fuji, me dirijo al colegio. Un ratito de charleta con las mamis en la puerta del cole nunca está de más.

Con curiosidad, miramos a la Shakira; sin duda se va a convertir en la divorciada estrella del colegio y, cómo no, Luis, nuestro Luis, ese que desayuna con nosotras, sabedor de la noticia, ya remolonea cerca de ella.

Desde luego, los tíos es que no pierden oportunidad.

Suena mi móvil. Lo saco del vaquero. He recibido un wasap, y sonrío al leer:

Preciosa, se me ha complicado la vuelta, pero intentaré llegar antes de cenar. Tengo ganas de verte, churri. Besitos para ti y los niños.

Sonrío. Ay, Dios, mi cari, qué galante y cariñoso que es.

Pobrecito mío, cuánto trabaja. Lleva dos días fuera y ya estoy deseando verlo. Vale..., es muy pesadito en ocasiones, pero mi Alfonso es tan cariñoso, tan detallista, que es imposible no quererlo.

Sonriendo estoy cuando Clara cuenta un nuevo chisme y dejo de pensar en mi marido. Estamos en lo mejor de nuestro cotilleo cuando se abren las puertas del colegio y una marabunta de chavales de todas las edades sale despavorida.

Veo a mis niños y, como siempre, me cabreo. Tanto Aaron como David vienen con sus abrigo en la mano, con el frío que hace. Por suerte, Nerea lo trae puesto y, cuando se acercan y ya les voy a cantar a mis dos machitos la marimorena, David, que físicamente es el clon de mi encantador marido, dice:

—Mami..., Aaron me ha pegado una colleja.

Su hermano, con sus claros y pícaros ojos verdes, me mira y me guiña un ojo. ¡Qué sinvergüenza! Y, para rematarlo, suelta:

—Mami..., esta luz te hace estar preciosa.

Lo miro y sonrío interiormente. Aaron tiene un morro tremendo y, sin duda, es tan galante y meloso como su padre. Pero, sin querer caer en su influjo, lo miro y, mientras se ponen los abrigo delante de mí, digo:

—Gracias, cariño, por tu piropo, pero haz el favor de dejar de darle collejas a David.

El pequeño sonrío. Ha conseguido que regañe a su hermano. Pero entonces Aaron,

que es de lo que no hay, lo mira y canturrea:

—«Chivato, gallina, capitán de las sardinas. Chivato, gallina, capitán de las sardinasssssssssss...».

No hace falta decir nada más.

A sus casi seis tiernos años, David odia que lo llamen «gallina, capitán de las sardinasssssssssss». Por eso, suelta su mochila a mis pies y se lanza contra su hermano como un Pokémon volador. La fiesta ya está servida.

Mientras observo a mis *pezqueñines* correr, mi hija Nerea llega hasta mi lado con gesto indescifrable y, por supuesto, no saluda. ¡Por Dios, faltaría más!

Está en plena edad del pavo. ¿He dicho «pavo»?... ¡PAVAZO!

Su gesto es como de enfado continuo, pero, eso sí, es quedar con sus amigas y cambiarle hasta el color de la piel.

Una vez que mis dos animalillos se han relajado con varias carreras parque arriba, parque abajo, me despido de mi *cuchipandi* de amigas y cargo con las mochilas de los niños. Al coger la de David, algo suena y, mirándolo, pregunto:

—Cariño, ¿has cogido hoy también piedrecitas?

Mi enano no responde, solo sonrío, e insisto:

—Pero, David, ¿cuándo vas a dejar de coger piedras del suelo?

Ni caso..., eso es lo que me hace el *jodio*, ¡ni caso!

En cuanto sale disparado de nuevo tras su hermano, abro la cremallera de su mochila, meto la mano y, sin dudarlo, tiro tres pedruscos antes de que se dé cuenta.

¿Por qué le gustarán tanto las piedras a David?

¿Será que va a ser minero o coleccionista de minerales?

Como en fila india, caminamos hacia casa. Primero va Aaron; tras él, David; después Nerea, en su mundo, wasapeando con sus amigas, y yo voy la última.

Una vez llegamos, *Torrija* nos recibe a todos como si llevara sin vernos media vida.

—Por Dios, *Torrija*, ¡basta! —protesto mientras la perra se empeña en babosearme sin ton ni son. Pero nada, hasta que suelto las mochilas, le toco el hocico a modo de saludo y le digo cuatro tonterías, la muy gañana no se da por aludida.

—¿Puedo poner la tele, mami? —me pregunta Aaron cogiendo el mando.

Rauda y veloz, voy hasta él y se lo quito de las manos.

—Todos arriba —ordeno—. Quitaos los uniformes, echadlos en el cesto de la ropa sucia y vestíos, que tenemos que llevar a David al cumpleaños de su amigo Pedro al Correcaminos.

—¡Chupi! Voy al Correcaminos, mic..., mic... —grita mi chiquitín corriendo

escaleras arriba.

La cara de Nerea se descompone por segundos.

¿Ella en un cumpleaños de renacuajos?

Y Aaron, abriendo descomunadamente los ojos, protesta:

—¡Yo no quiero ir al cumpleaños de Pedro! ¡Ese niño es tonto!

—Tú no vas a ese cumpleaños —le aclaro—. Tú vienes conmigo para llevar a David. Una vez lo dejemos, nos vamos Nerea, tú y yo a recoger tus gafas nuevas y a comprar pienso para...

—Mamá... —Gruñe mi Nerea parándose frente a mí mientras se toca el pelo como su padre—. Yo he quedado a las seis con mis amigas, ¿tengo que ir contigo?

Ay, Dios, ¡¡¡tossssssssss los viernes lo mismo!!!

Pero, intentando entender que Nerea a veces es sorda, me vuelvo y repito por trigésima vez en los últimos días:

—¡Estás castigada sin salir! Lo sabes y no tengo ganas de discutir. Cuando recuperes las cuatro que te han quedado, ¡hablamos!

—¡Pero, mamáaaaaaa! —exclama mirándome—. Hoy es el cumpleaños de Jimena y quiero salir. Todos van a..., y... y... yo...

—No.

—¡Mamáaaaaaaa!

—¡Yo no quiero ir al cumpleaños de Pedro ni a recoger mis gafas!... —protesta Aaron cortando a su hermana—. Mami, preciosa, mira, podemos hacer una cosa: tú y Nerea lleváis a David mientras yo me quedo en casita viendo en la tele «Código Lyoko».

—No.

—¡Jo, preciosa, no me digas eso!...

—Mamá..., quiero ir al cumple de Jimena —insiste Nerea.

Uf..., demasiados frentes abiertos para mí sola. Pero, como ya estoy acostumbrada a que nunca ninguno quiera hacer nada de lo que digo, suspiro y, mirando a mi hija, respondo:

—En cuanto a ti, señorita, repito: ¡estás castigada! —Luego me vuelvo hacia Aaron y aclaro—: Y tú, enano, aunque me llames «preciosa», te vienes conmigo y PUNTO.

—Pero, mamáaaaaaaa. —Gruñe Nerea.

—Ni mamá, ni leches en vinagre. He dicho que no y es que no.

—Jooooo, ¡yo quiero ver la tele! —protesta el niño.

Como puedo, cuento en dos segundos hasta mil, miro a Aaron y, cuando soy

consciente de que me va a soltar otra de sus lindezas, musito:

—Cierra tu piquito adulador ¡ya!

—Solo iba a decirte que hoy estabas muy guapa. —Replica ofendido.

Disimulo. Tengo que disimular, no puedo reír por lo que ha dicho, cuando Nerea vuelve a la carga:

—¡Jo, mamá, no me cortes el rollo!

¿Que yo le corto el rollo?

Pero, vamos a ver, la puñetera niña vive mejor que quiere. Su padre y yo nos desvivimos porque lo tenga todo, porque no eche de menos nada y, aun así, suspende cuatro y tiene la poca vergüenza de decirme ¡que le corto el rollo!

Cuento hasta veinte. Luego hasta treinta y, finalmente, cuando sé que puedo hablar sin gritar, empiezo a decir:

—Te lo dije, Nerea. Te dije que, si suspendías, se acababan los privilegios. Tú solita te lo has buscado, cariño. Igual que eres consciente de que no estudiaste, acata el castigo. Y ya sabes que, hasta que yo vea que has aprobado, no hay nada que hacer. Por tanto, ¡chitón!

—¡Eso es injusto! —grita enfadada.

—Tan injusto como suspender. —Acierto a decir—. Ahora sé buena, deja de montar el numerito de la pobre adolescente decepcionada y humillada por su malvada madre y ve a cambiarte.

Con los ojos encharcados en lágrimas en plan Bette Davis en una de sus mejores películas, mi preciosa hija corre escaleras arriba dispuesta a llorar por su dura y cruel vida.

Pero, oye..., que lo hubiera pensado antes de suspender las asignaturas. Si es mayor para no estudiar y suspender, también es mayor para no salir con sus amigas y acatar el castigo de su madre.

—La has rayado, mamá. Ahora Nerea se pasará toda la tarde lloriqueando como una nenaza, cuando ella solita se lo ha buscado. Muy bien, mami, ¡se lo merecía! —afirma Aaron justo a mi lado.

Deseando ahogar a ese pequeño Maquiavelo, lo miro, y él, que de tonto ya he comentado que no tiene un pelo, al ver mi expresión dice corriendo también escaleras arriba:

—¡Voy a cambiarme de ropa!

Torrija, que está sentada frente a mí, me mira con sus ojazos caídos y, sin poder remediarlo, pregunto en un tono nada cariñoso:

—Y tú, ¿tienes algo que ladrar?

Correcaminos, mic..., mic...

Decir que un parque de bolas como el Correcaminos, mic..., mic... es divertido para los padres es decir una mentira grande... pero muy grande. INMENSAMENTE GRANDE.

Aquel sitio es un lugar donde los decibelios incumplen todas las normas, y donde, a buen seguro, te llevas a casa, además de un niño sudoroso con los dientes llenos de chuches, un dolor de cabeza que ni una sobredosis de Gelocatil te lo puede quitar.

A ver, comprendo que existan padres que se lo pasen pipa viendo a sus niños chillar como posesos mientras se tiran de cabeza a la piscina de bolas pero, oye, soy sincera y os digo que yo no, especialmente porque mi hija Nerea, hace años, se rompió un dedo en una fiestecita de estas; otro día, Aaron salió con un ojo morado, y David se rompió un diente, aunque por suerte era de leche.

Una vez aparco mi troncomóvil y entro en el local, mi intención es dejar a David y pirarme con los otros dos rauda y veloz para hacer cosas. Pero, mira por dónde, Laura, la mamá de Esther, ha llevado al cumpleaños a su hijo Jonás, amigo íntimo de Aaron. Rápidamente, ambos se saludan y se autoinvitan a la fiestecita de bolas.

Bueno..., luego hablaré con la mamá del cumpleañosero y le diré que yo pago los diez euros de Aaron. Me sabe mal que se autoinvite a algo a lo que no ha sido invitado.

Cuando estoy desesperada y a punto de que me dé un parrús ante el corte de rollo de no poder hacer lo que había planeado, veo aparecer a mi gran amiga Soraya — ¡gracias, Dios mío! —, con Juanito y Ariadna.

Juanito se quita los zapatos y corre hacia mi pequeño David, y Nerea, al ver a Ariadna, sonrío por primera vez en lo que va de día. Mira..., no haré lo que pensaba, pero al menos con Soraya me garantizo una buena tarde.

Soraya es la amiga que toda mujer querría tener y, por suerte, ¡yo la tengo!

La conocí cuando ella se trasladó a vivir a la urbanización de mis padres años atrás, y el primer verano que coincidimos en la piscina, nos hicimos inseparables. Por aquel entonces, ella estaba casada y solo tenía a Ariadna, y yo, solo a Nerea. Fue un verano precioso, y nuestra amistad creció y creció hasta tener lo que tenemos en la actualidad, a pesar de que somos dos personas muy diferentes.

Ahora ella está felizmente divorciada y yo estoy felizmente casada, pero lo mejor de todo es que, con mirarnos, nos entendemos, y eso, reconozcámoslo, ¡es la bomba!

—Vaya... —sonríe ella—. La vida social de nuestros niños últimamente es la caña.

—De España. —Finalizo yo en tono irónico.

Con toda la paciencia del mundo, me siento junto a ella en una de las sillas con el resto de las mamás e intentamos integrarnos. Ufff..., a veces se me hace cuesta arriba. Hay madres con las que tengo *feeling*, pero con otras..., pues directamente no.

Y, aunque lo intento y lo intento, y no dudo que ellas lo intenten, la respuesta es «¡No!». ¡No hay *feeling* entre nosotras!

A mí que me hablen toda la tarde de ganchillo, punto de cruz o recetas de cocina no me va, prefiero hablar de viajes, MotoGP o películas.

Dicho esto, también tengo que decir que, en los cumpleaños de los niños, todas... TODAS las mamis somos unas actrices de primera. Disimulamos con estilo, sonreímos con fluidez y hablamos de lo que no nos interesa un carajo como si fuera lo más interesante del mundo.

¡Spielberg, Amenábar, lo que os estáis perdiendo en los parques de bolas!

Durante un buen rato, muchas de nosotras estamos pendientes de nuestros retoños, mientras ellos se tiran como verdaderos animales sin pensar en su seguridad, y con el alma en vilo respiramos cuando los vemos aterrizar sin piedad contra el mullido suelo.

David, mi *pezqueñín*, es de los más pequeños del cumpleaños y, sinceramente, es el más torpón. Está más tiempo por el suelo rodando que de pie.

Durante un rato, observo cómo una niña morenita con coletas, gafas amarillas y cara de ser más bruta que un *arao*, lo persigue y lo empuja sin piedad. ¡Ainsss, que me lo escogorcía!

Mi pobre niño se levanta, le dice algo y continúa por su camino, pero ella, la *muuu* bruja, por no decir algo peor, que es muy pequeña, no contenta, lo vuelve a hacer y, ¡zaparrás!, mi pequeño va de nuevo de boca contra la piscina de bolas.

—¿Quién es esa *destroyer*? —le pregunto a mi amiga.

Soraya, tras retirarse con glamur su sedoso pelo Pantene de la cara, mira hacia la niña que yo señalo y susurra:

—Esa es Maya. Es nueva en la clase de los niños y también en la urbanización. Su madre se llama Toñi.

—Pues no me suena.

—Al parecer —prosigue—, sus padres están divorciados y se han trasladado al pueblo. Eso sí, cada uno vive en una casa y la niña va de acá para allá. A la madre la conozco de la última reunión de padres, a esa que no asististe.

La miro. Sé de lo que habla, y asiento, aunque la niña me da penita. Algunos

padres solo piensan en ellos y, sin duda, los padres de esa niña son así.

Sin quitarle la vista de encima, observo cómo mi David se levanta del suelo, se toca los morretes y mira de reojo a la tal Maya. Uf..., por su mirada me hace saber que se está cansando de ese acoso y que, al final, como lo siga persiguiendo, la venganza será terrible. Aun así, no hago nada, dejo que él se defienda solito. No soy la típica madre pantojil, pero pongo alerta mis seiscientos sentidos por lo que pueda pasar.

Un par de minutos después, mientras charlo con Soraya, observo que la tal Maya, no contenta con lo que ha hecho minutos antes, achina los ojillos de malota que tiene y corre de nuevo tras mi hijo. Pero esta vez, David, que tiene el entrenamiento de élite de su hermano Aaron, la ve venir por el rabillo del ojo y, justo cuando ella se va a lanzar contra él, el muy listo hace un requiebro y la niña cae de bruces contra una especie de enorme casa blandita que la hace rebotar y, como una bola en un *pinball*. Se da primero contra otra niña, las gafas amarillas vuelan y, luego, contra una red para finalmente caer de boca contra la piscina de bolas.

Olé por la fineza de mi niño para no tocarla, y olé por el morrón que se ha metido solita la criatura. Pero no..., me da pena y, cuando la veo llorar a moco tendido con una coleta más alta que la otra, sin las gafas y con la boca más abierta que Mafalda, me levanto para ir a auxiliarla. ¿Dónde está su puñetera madre?

A la niña solo me acerco yo, y aunque no se merece que la consuele por lo malota que está siendo con mi David, la consuelo. Al fin y al cabo, es una niña, ¡cabrona!, pero una niña.

Tras colocarle las gafitas y ver que la *destroyer* está intacta, la muy incauta vuelve al ataque, pero esta vez contra otra niña. A mi David lo ha dejado en paz, por lo que me siento al lado de Soraya más tranquila a charlar.

Dos segundos después, aparece la madre del niño del cumple. Nos invita a un cafetín o a un refresco y todas se lo agradecemos de mil amores.

Diez minutos después, y con la cabeza a punto de explotar, Soraya y yo salimos del Correcaminos, mic..., mic... para fumarnos un cigarrillo.

—Por cierto, ¿venís al final el domingo a la comida? —me pregunta.

¿Comida? ¿De qué habla?

Mi cara debe de ser un poema, y de los malos, porque Soraya se enciende el cigarrillo y pregunta:

—Te has olvidado, ¿verdad?

Dispuesta a no mentir, calibro mis opciones.

Sí, me he olvidado.

Sí, lo había olvidado, pero me acordé ayer.

Ni lo recordaba.

Finalmente, tras resoplar, respondo:

—No me mates, pero lo había olvidado.

Acostumbrada a ello, Soraya sonrío.

—En el último mes te he dicho más de tropecientos millones de veces que vamos a celebrar una comida en la urbanización de tus padres, que, mira tú por dónde, es justamente la mía. Tanto tus padres como yo ya contábamos contigo, Alfonso y los niños, por lo que tenéis que venir.

Pienso en Alfonso. Estoy convencida de que lo último que querrá tras estar toda la semana viajando y trabajando es pasarse un domingo de comilona con mis padres, Soraya y sus vecinos. Pero cuando voy a contestar, mi amiga dice:

—Si Rapunzel no quiere venir, ¡que no venga!

—No llames a Alfonso Rapunzel..., sabes que no me gusta.

—Y a mí no me gusta que él se esté tocando el pelo todo el santo día. —Se mofa, haciéndome reír.

Sin duda, no se tienen ningún aprecio. Si ella lo odia, él la odia también. ¡Vaya dos, y yo en medio, como los jueves!

—Pero...

—No. —Me corta—. No quiero saber nada de viajes y trabajos. Mi ex, el Trufote, también viajaba mucho, y el muy cabrito, cuando llegaba el fin de semana, lo único que quería era estar todo el santo día tirado en el sofá con el puñetero mando de la tele en la mano rascándose los cataplínes. Pero la realidad era que, entre semana, se pasaba más de la mitad de los días metido en la cama de alguna de sus secretarias.

Recordar el traumático divorcio de Soraya me pone triste. La pobre lo pasó fatal, pero no puedo consentir que piense lo mismo de Alfonso.

—Vale... —digo—, pero, por favor... ¡No comiences con eso de que todos los hombres son iguales!

—¡Es que lo son!

—¡Soraya! Que tu marido hiciera algo que no está bien no quiere decir que mi marido u otros...

—Digas lo que digas..., sigo pensando lo mismo. Los hombres ven unas tetas o un buen culo, como ellos dicen, ¡y pierden el norte! Y Rapunzel seguro que es igual que el Trufote.

—Soraya, ¡no digas tonterías! —protesto. Cuando voy a decir algo más, siento que alguien me tira de la camiseta, y oigo:

—¡Quiero hacer pis!

Al oír aquella voz desconocida, me vuelvo y mi sorpresa es tremenda al ver a la ¡niña cabrona! fuera del parque de bolas, descalza en medio de la calle y adherida a mi camiseta.

Pero ¿cuándo ha llegado aquí?

Tras ver que el resto de las prudentes madres no se han percatado de la escapada de la pequeña ninja, cruzo una mirada con Soraya y digo mientras empujo a la niña al interior del local:

—Corre, cielo, y ve a decírselo a tu mamá.

La niña de coletas largas, gafas amarillas y cara de oso panda me apremia:

—No está, y yo quiero hacer pis.

¡Anda, qué bien!

Ahora resulta que la niña que ha estado jorobando toda la santa tarde a mi David quiere hacer pipí y me lo tiene que pedir a mí. ¡A mí!, que soy una completa desconocida para ella.

Miro a Soraya. Tengo dos opciones: o entrar en una tonta discusión con mi amiga en referencia a la maldad del género masculino o llevar a la niña al baño. Lo pienso, lo calibro y, al final, sin dudarlo, cojo la mano de la pequeña cabrona y, en mi tono más maternal, digo:

—Muy bien, cielo, te llevaré al baño.

Más feliz que una perdiz, la cría entra de mi mano dando saltitos en el parque de bolas y vamos juntas a los aseos mientras Soraya grita:

—Huye..., pero a mí ni tu Alfonso ni ningún otro me la dan, ¡todos son iguales!

Cinco minutos después, una vez salimos del baño, la cría regresa a jugar con el resto, y me alegra ver que no martiriza a mi David. ¡Bien!

Por los altavoces, oigo que avisan de que los niños del cumpleaños de Pedro Larraz se dirijan a la sala de los Pokémon amarilla y azul. Las madres, todas muy solícitas, nos encargamos de encaminarlos hacia allí para que merienden el medio sándwich reseco de jamón de york o la *pizza* tiesa con patatas, Coca-Cola o zumo. Al final, los niños, tras mucho guarrear, pues lo que menos hacen es comer, le mal cantan el *Cumpleaños feliz* al homenajeado y reparten los regalos.

Pedrito ni siquiera los mira. Solo abre y tira..., abre y tira, para de nuevo salir corriendo hacia las bolas. La tarta sobrante, como siempre, nos la zampamos nosotras.

—¿Quién quiere tarta? —pregunta la madre del homenajeado.

Al principio, todas, entre las que me incluyo, nos hacemos un poco las tontas, pero al final sonreímos y decimos:

—Venga, va, un poquito, que estoy a régimen.

Y, ¡zaparrás!, tarta que nos embuchamos del ataque de ansiedad que tenemos de estar allí aguantando chillidos, lloros y mocos.

Soraya se ha tranquilizado. Como siempre, cuando piensa lo que dice, me pide perdón. El que le pasara a ella lo que le ocurrió con su marido no quiere decir que me tenga que pasar a mí, y yo la perdono. La quiero mucho. Es maravillosa.

A las ocho de la tarde, miro el reloj y decido que ha llegado el momento de irnos. Quiero ducharme y ponerme mona para cuando llegue Alfonso. Además, quiero hacer el pescado al horno que sé que tanto le gusta para que tenga una estupenda bienvenida, como se merece. Me da igual lo que opine Soraya de los hombres; sin lugar a dudas, yo no pienso que todos sean iguales.

Al oírme, mi amiga se une a mí en la difícil empresa de marcharnos de aquel maldito lugar y, juntas, comenzamos a vocear entre los gritos de los niños y el ruido de bolas en busca de nuestros queridos y angelicales hijos.

Como es de esperar, ellos, al oírnos, se esconden al fondo del parque, creyendo que allí no vamos a entrar. Angelitos. Estos todavía no se han percatado del pelaje de sus madres.

—Juanito. —Llama Soraya—. Va, cariño, nos vamos a casa.

—No... No quiero —responde el aludido.

Soraya me mira y, en un tono de voz normal, digo sabedora de lo que mi hijo va a contestar:

—David, venga, vamos, mi amor. Juanito también se marcha. Nos tenemos que ir.

—¡No!... No quiero —grita él, encogido al fondo con su amigo.

Con paciencia y voz aflautada, le repito media docena de veces: «Venga, cariño..., sé bueno».

Pero, pasada la docena, siento cómo, segundo a segundo, mi paciencia comienza a agotarse. Y cuando ya el alien de madrastrona que hay en mí está a punto de salir y asustar a todos los allí presentes, busco a Aaron y le ordeno:

—Entra a por tu puñetero hermano ahí dentro y dile que, como no salga dentro de dos segundos, no vuelve a venir a ningún cumpleaños en toda su vida y, por supuesto, no volverá a ver a su querido osito *Prespín*, porque lo voy a tirar a la basura en cuanto llegue a casa.

Aaron, que conoce mejor que ninguno mis cambios de voz, rápidamente entra en el lugar e intenta negociar con su hermano. Pero cinco minutos después, sale, me mira con cara de no haber roto nunca un plato, cuando él precisamente rompe vajillas enteras, y dice:

—Mamá, dice David que no quiere irse, pero, tranquila, preciosa, yo lo

solucionaré cuando lo coja de las orejas y lo saque a rastras.

Ainsss, mi niño, ¡qué mono es!

Pero no..., no puedo permitir que haga eso, o es capaz de arrancarle las orejas al pequeñajo. Así pues, dándole un beso por ser tan obediente y zalamero, replico:

—No, cariño. Tú ve poniéndote los zapatos y avisa a Nerea. Yo lo sacaré.

Una vez Aaron se marcha, con una sonrisa ya menos complaciente, me acerco al lateral donde está escondido David junto a su amigo Juanito y digo:

—David, Juanito, salid.

—No. Noooooooooooooo —gritan ellos como posesos.

Buenoooooooo..., hoy toca numerito, lo estoy viendo. Aun así, vuelvo a decir intentando mantener el tipo delante del resto de madres:

—Cariño, papá viene de viaje y Aaron y Nerea nos están esperando.

—No quiero irme. Todavía no —protesta el muy sinvergüenza.

Cierro los ojos y *mecagoentolocagable-enesemomento*.

Me van a salir espumarajos por la boca y humo por las orejas. Odio cuando los niños me hacen eso. Lo odio. Soraya, que me conoce, me mira y sonríe. Ya hemos pasado antes por ese trance. Ambas tenemos hijas mayores, y en esos quehaceres somos perras viejas. Solo hay un método para sacarlo de allí: ¡a pescozones!

—¿Te metes tú o me meto yo? —le pregunto en susurros.

Tras ver que otras madres nos miran, Soraya se acerca a mí y responde:

—Siento decirte que hoy te toca a ti. La última vez me tocó a mí hacer de mamá ogro y me rompí las medias.

Divertida y horrorizada al mismo tiempo por lo que tengo que hacer, al final, me quito los zapatos y me meto en la piscina de bolas ante la cara de asombro de algunas madres. Me agacho para entrar por un tubo y, como una croqueta, ruedo para pasar bajo un arco de color rosa y rojo. Los niños me miran con cara de: «Ehhhh..., ¿esta señora no sabe que esto es para niños?».

Pero yo, ni caso. Continúo mi camino sin mirar a nadie a los ojos hasta que, de pronto, ¡plof!, alguien me pega un bolazo en toda la cabeza. Me vuelvo y veo que es... es... ¡la cabrona de la niña *destroyer*! Sin embargo, sonrío manteniendo el tipo y digo:

—Maya..., cariño, no hagas eso.

—Pero me gusta —responde la muy... la muy... niña.

¡Zas!, nuevo pelotazo en la espalda.

—Maya, sé buena, anda, bonita.

¡Zas!, pelotazo en el trasero, y de los que pican.

—Maya... —siseo tocándome el culo—.Estate quietecita.

Pero la niña, tras alguno de los golpes que se ha dado en la piscina de bolas, debe de haberse quedado sorda y lela, porque no me tira una, ni dos, sino unas diez bolas más a traición mientras yo repto hacia mi hijo y Juanito, al fondo del parque.

«La madre que parió a la niña, como me dé otro bolazo más en el cogote la...».

¡Zas!

«Me cago en el padre, la madre, la abuela y... ¡Joder, la niña, cómo me está poniendo!».

Como puedo, resoplo y continúo mi camino dispuesta a que mi esfuerzo hasta el momento vea su recompensa.

Cuando llego al lugar donde mi hijo y Juanito están encogidos, llevo tan mala leche por los bolazos que la niña me está metiendo que los agarro de tal forma que dos segundos después están ya sobre la piscina de bolas. Soraya, preparada, los engancha y los saca al vuelo mientras la *jodía* niña continúa tirándome bolas sin parar.

Cuando por fin salgo y me pongo los zapatos, me vuelvo hacia la ¡cabrona de la niña!, porque no tiene otro nombre, dispuesta a fulminarla con la mirada, pero ha desaparecido. Tras respirar y cagarme en los padres de semejante muñeca diabólica, trinco a David y le siseo con más mala leche que Cruella de Vil:

—Ponte los zapatos antes de que yo cuente hasta tres.

—Joder con la Repu... —murmura Soraya.

—¿Quién es la Repu? —pregunto sin quitarle el ojo a David.

Soraya, que ya ha conseguido que Juanito se ponga los zapatos, sonriendo, baja la voz e indica:

—La Repugnante Niña.

Me entra la risa. Joder..., decir eso está muy feo.

¡Zas!, pelotazo en toda la cabeza.

¡Zas!, pelotazo en toda la espalda de mi amiga.

¡Zas!, pelotazo en el hombro.

¡Zas!, pelotazo en el cogote de Soraya.

—La madre que parió a la Repu —siseo, deseosa de yo qué sé.

Ambas nos miramos y nos volvemos en plan Rambo. La niña cabrona sigue al ataque. David va a decir algo, pero Aaron, que me conoce muy bien, al ver mi cara de enfado lo hace callar por la cuenta que le trae mientras las pelotas de la *jodía* niña llueven a nuestro alrededor.

Si hay algo que nunca me ha fallado con mis hijos es decirles que voy a contar hasta tres. Y, digo yo, ¿qué pensarán que va a pasar si digo «tres»? ¿Pensarán que les

voy a arrancar las orejas, a matar o algo así?

En definitiva, David se termina de calzar junto a su amigo Juanito y, tras darle las gracias a la madre del homenajeador, coger las chuches de los niños y conseguir esquivar unos cuantos bolazos más de la Repu, Soraya y yo salimos del Correcaminos, mic..., mic... con varias cosas claras.

La primera, nos duele la cabeza.

La segunda, la vida social de nuestros hijos nos agota.

Y la tercera, como pillemos a la niña cabrona..., se va a tragar las pelotitas.

Sábado..., sabadete...

Enganchada a mi Alfonso, dormito.

Y digo «dormito» porque, en lo que va de mañana, hemos echado uno rapidito sin hacer ruido para que no se enterasen los niños, y estoy convencida de que le seguirá alguno más. Aisss..., cómo me gusta hacer el amor con mi romántico marido.

Mi amorcito llegó al final la noche anterior después de cenar, pero, cuando lo vi entrar con cuatro huevos Kinder en la mano y su increíble sonrisa, no pude por menos que sonreír. ¡Lo adoro..., lo adoro!

Sobre la una de la madrugada, tras charlar un rato y contarme qué tal su viaje, nos acostamos. Yo entré un segundo al baño para ponerme un conjuntito la mar de sugerente, saqué el gel con sabor a fresas dispuesta a probar sus efectos, pero, cuando llegué a la cama, mi currante marido roncaba como un ceporro. Pobrecito..., ¡trabaja tanto!

Al final, me acosté a su lado, le cogí la mano y me quedé dormida yo también, hasta que esta mañana he notado sus manos por mi cuerpo y, cuando ha dicho «¡Tacatiqui!» en mi oído, me he dejado llevar.

Pero, claro, el momentito se ha jorobado cuando, a las nueve y media de la mañana, mis tres maravillosos hijos ya están en pie.

Pero, vamos a ver, ¿es que no pueden dormir hasta las doce, como los niños de mis amigas?

Deseosa de intimidad con mi Alfonso, me levanto y, sin dudarlo, meto a los niños en el coche junto a *Torrija* y los llevo a casa de mis padres.

Mis benditos padres enloquecen al vernos. ¡Van a desayunar acompañados!

Una vez les endoso a los niños, prometo regresar a recogerlos a la hora de la comida y salgo de su casa.

Diez minutos después, cuando entro en nuestro hogar, voy desnudándome según camino. Una vez llego a la habitación, estoy en pelota picada. Alfonso levanta la cabeza, me mira y, sonriendo, murmura:

—Vaya..., vaya..., mi preciosa ninfa redondita quiere guerra.

El hecho de que me llame «redondita» en un momento así queda solapado por el «preciosa ninfa». Y, durante un ratito, disfruto de sexo tranquilo y sosegado. Alfonso no deja de decirme cosas bonitas, románticas, y yo no puedo parar de sonreír.

Acabado ese nuevo momento, mientras miro al techo y él se toca por enésima vez

el pelo mientras sonrío satisfecho, recuerdo aquel sexo salvaje y calentón que él y yo practicábamos hace años.

Nos mirábamos, nos tentábamos y nos decíamos cosas fuertecitas y morbosas. ¿Dónde ha quedado aquella disparatada pasión?

Sin duda, el tiempo nos ha tranquilizado, el tiempo nos ha relajado, pero, joder, ¡me gustaría alguna vez volver a practicar aquello, aunque él diga que no!

Sonriendo estoy sumergida en mis pensamientos cuando me fijo en el costado de mi chico y pregunto:

—Cari, ¿qué te ha ocurrido aquí?

Alfonso mira lo que señalo. Tiene un arañazo en la cintura.

—Pues no lo sé, cielo —responde sonriendo—. Habrá sido un golpe cualquiera. Anda, ven aquí, mi ninfa.

Asiento..., me olvido del arañazo y me enredo en él. Me encanta enredarme en Alfonso. Lo siento tan mío y yo me siento tan suya que me emociono solo de pensarlo.

En silencio, nos prodigamos mimitos, caricias y besitos, hasta que él murmura:

—Churri, tengo que ir al baño.

Me hago la sorda. No quiero que se mueva de mi lado, pero entonces el muy bribón añade tocándome los pechos:

—Vamos, churri. La vejiga me revienta y, si no voy al baño, no podré hacer algo con nuestro amiguito *Simeone* que sé que te va a gustar mucho.

¡¿*Simeone* y mi Alfonso?! Lo suelto. ¡Vamos que si lo suelto!...

Solo de pensar en mi maravilloso vibrador, ese que un día él me regaló, me pongo a cien... ¡Viva *Simeone*!

Alfonso se levanta, pero, antes de irse, se agacha y, mirándome a los ojos, murmura:

—Eres increíblemente preciosa.

Sonrío, no lo puedo remediar, y acepto sus labios, esos labios que tanto me gustan, a pesar de lo conocidos que son ya para mí.

Cuando él se marcha, me quedo remoloneando en la cama. Me encanta saber que va a regresar y que vamos a jugar con *Simeone*. Por ello, lo saco y lo meto bajo la almohada junto al gel lubricante con sabor a fresa.

Sigo remoloneando cuando un ruidito llama mi atención y, al mirar, veo que proviene del móvil de Alfonso. Un wasap. No hago caso, pero cuando este vuelve a vibrar una y otra y otra vez, me alarmo. ¿Y si son mis padres porque a los niños les pasa algo?

continúo leyendo la conversación. Soy así de masoquista. Ya no tengo filtro ni sé parar.

Adoro tu sabor. Adoro tu olor. El jueves nos vemos en Mérida, en el hotel de siempre, y, ven tranquilo, los huevos Kinder los compro yo y así aprovecharemos hasta el último segundo en la cama. T. Q.

Ay, que me da...

Ay, que me da un parraque mientras dejo el maldito móvil sobre la mesilla.

Alfonso... ¡Mi Alfonso! El hombre al que adoro, por el que he dado la cara y por el que llevo poniendo media vida la mano en el fuego, ¡me es infiel con Saneamientos López!

Acalorada, me levanto, pero al hacerlo siento que las piernas se me doblan.

De nuevo, Soraya viene a mi mente y, tapándome la boca para no gritar, pienso: «Pero ¿cómo he podido estar tan ciega? Y, sobre todo, ¿cómo puedo ser tan gilipollas?».

Con ganas de llorar, me siento en la cama. Lo que acabo de descubrir sin duda va a cambiar mi vida. Lo que acabo de saber, además de romperme el corazón, acaba de hacerme entender de un plumazo que nada es para siempre.

Siento que me voy a desmayar cuando la puerta del baño se abre y de allí sale mi guapo marido, ese de las manos aterciopeladas y los ojos verdes. Durante unos segundos, nos miramos. Calibro sacarle los ojos, cortarle la chorra y graparle la lengua a la pared, pero no puedo moverme. Debe de ser tal mi gesto que Alfonso pregunta:

—¿Qué le ocurre a la reina de mi vida?

Lo miro... Quiero decirle lo que sé. Quiero insultarlo, pero estoy tan bloqueada ¡que no puedo!

Miro su desnudez. Veo el arañazo que tiene en la cintura y me convengo de que Saneamientos López se lo ha hecho. Angustiada, observo aquel pene que yo consideraba solo mío pero que acabo de descubrir que otra u otras también lo están disfrutando.

Pero ¿cómo puede hacerme esto?

Alfonso sonrío ajeno a mis pensamientos cuando de pronto mi tripa ruge como un león y este, guiñándome un ojo, dice:

—Vale..., indirecta captada, amor mío. ¡Traeré el desayuno para que cojamos fuerzas y podamos jugar con *Simeone*!

¿Jugar con *Simeone*?

«¡Vas a jugar con tu madre!», estoy a punto de gritar.

Cuando sale desnudo de la habitación, sigo en *shock*. Intento ponerme en pie. Lo consigo. Entro en el baño y me miro al espejo.

La mujer desnuda que veo reflejada en él está pálida, desconcertada, asustada.

Acalorada, abro el grifo. Me echo agua en la cara y, como si esta de pronto me despertara, vuelvo a mirarme en el espejo y, arrugando el entrecejo, siseo:

—Maldito hijo de puta.

Según digo eso, me incorporo, me seco la cara con la toalla, salgo del baño, me pongo las bragas y una camiseta, cojo el móvil, que vuelve a vibrar, y, sin leer el nuevo mensaje, voy en busca del maldito infiel.

Como una hidra, me dirijo a la cocina y, cuando entro, lo veo calentando unos cafés en el microondas. Alfonso me mira y sonrío. Yo no, y menos cuando digo:

—¡Saneamientos López!

Su preciosa sonrisa se difumina al verme con su teléfono en la mano, y murmura:

—Churri...

—¡Cabrón!

—¡Churri!

Desatada, porque así es como me siento, lo miro y siseo:

—Media vida lavándote los putos calzoncillos. Media vida queriéndote sin importarme lo que la bruja de tu madre pensara de mí. Media vida alabando al marido que tengo porque lo sentía especial para que ahora me lo pagues así... ¡Desgraciado!

Su gesto me hace saber que está asustado y desconcertado. Lo conozco.

Levanta las manos, como si yo tuviera una pistola que lo apuntase, y susurra:

—Mi vida...

—Maldito cerdo... ¿Cómo has podido hacerme esto?

—Mi vida, escúchame.

—¿Que te escuche, maldito infiel? ¡No! —grito como una posesa.

Me muevo por la cocina. Estoy fuera de mí y, volviéndome, lo miro y siseo:

—Veinte años. Llevo veinte años creyéndome que tú y yo éramos una sola persona. Veinte años viviendo por y para ti. Veinte años creyendo en ti y en tus palabras. Veinte años pendiente de tus necesidades. En esos veinte años hemos tenido tres hijos maravillosos y perfectos y, ahora, tras veinte años, ¡¿cómo crees que sienta saber que me engañas con Saneamientos López?!

Descolocado, se toca la cabeza. No se esperaba que ocurriera esto. La frustración me hace seguir gritando como una posesa:

—¿Peter Pan?! ¿Campanilla?! ¡*Mecagoentodatu familia!* Dejé hace años mi vida en tus manos y tú me la acabas de romper. ¿Cómo? ¿Cómo has podido?

—Churri... —insiste él, descolorido.

Miro el cuchillo jamonero que tengo a mi derecha, pero rápidamente me quito de la cabeza la idea de rebanarle los huevos. No. Eso no he de hacerlo. Yo no soy así. He de pensar en mis niños y en mí y, si hago algo así, voy a joderme más la vida por su culpa. No, definitivamente, no vuelvo a mirar el cuchillo.

De pronto, la venda que tenía en los ojos se cae. Se cae el mito del «para toda la vida» y el matrimonio perfecto. También se cae aquello que dice que el amor es para siempre. No. El «siempre» no existe.

Sin duda, como he oído decir a Soraya y a mis amigas, lo que existe tras un guantazo como ese es la dureza, la realidad, el desamor, la decepción, y el tener que quererme mucho porque lo voy a necesitar.

Alfonso se acerca a mí y me agarra. Me inmoviliza contra su cuerpo y comienza a decir mil cosas. Me quiere. Lo siente. Nunca volverá a suceder. Ha sido un desliz. Lloriquea. Me agasaja. Pide perdón.

Durante más de quince minutos, lo dejo hablar y hablar y hablar, mientras pienso en lo idiota que he sido siempre por culpa del amor. Con dieciséis años, lo conocí, me enamoré, dejé de lado mis amistades para centrarme en las suyas, ¡y ¿así me lo paga?!

El hombre que ahora está ante mí con gesto descompuesto, implorando mi amor, me la estaba pegando con su Campanilla en toda mi cara, sin importarle mis sentimientos, mi dedicación, mi amor por él y, por muy arrepentido que esté ahora, está más claro que el agua que, si yo no lo hubiera descubierto, la infidelidad habría continuado.

Sin poder moverme, permito que Alfonso me abrace mientras habla y habla, pero no dejo que me bese. El cuchillo jamonero, no, pero como meta su lengua en mi boca, no sé si voy a poder contenerme de arrancársela de un mordisco. ¡Total, para la sarta de tonterías que está diciendo!...

Estoy tan bloqueada que casi no puedo reaccionar, hasta que lo oigo decir de nuevo eso de «Ha sido un error y te prometo que todo va a cambiar».

Esas palabras...

Esas palabras me hacen darme cuenta de que ya no puedo ni quiero confiar en él.

Esas palabras me hacen darme cuenta de que Soraya, por muy bruta que sea en ocasiones, ¡tiene razón!

Yo vivía feliz. Yo no quería cambiar nada de mi vida, pero está claro que Alfonso no era feliz y, cuando salía de casa, sí que cambiaba su vida.

Un extraño calor empieza a apoderarse de mí. Es mi leche..., mi mala leche, y entonces, y con toda la maldad del mundo tras oír todo lo que sale de su boca, lo agarro con la mano derecha por esa parte que ha utilizado conmigo y con Campanilla y, apretando con fuerza, siseo:

—En tu puta vida...

—Estefanía..., churri —grita asustado.

—... vuelvas a llamarme «churri», pedazo de mierda. —Acabo la frase.

Boquea. Está acojonado, y sé que le estoy haciendo daño en su pequeño Peter Pan, pero me importa bien poco.

—Cariño —murmura entonces, dolorido—. No seas bruta y déjame darte una explicación.

¡Explicación! ¡Explicación!

Para mí ya sobran las explicaciones. Porque, vamos a ver, ¿qué explicación me va a dar, cuando yo me he dedicado en cuerpo y alma a él y a mis hijos? ¿Qué explicación puede darme para convencerme de que era normal que se acostara con Campanilla?

Sin querer estar un segundo más a su lado, lo suelto, aunque no sin antes darle un buen apretón que lo hace chillar dolorido. A continuación, cuando lo veo arrodillado en el suelo, siseo:

—Me voy a por los niños a casa de mis padres. Cuando regrese, no quiero verte aquí, o te juro que soy capaz de cualquier cosa. Dame unos días para volver a verte y hablar. Porque, sin duda, tras lo que ha ocurrido, nuestra vida va a cambiar.

Y, sin mirar atrás, voy a mi cuarto, me visto y, como una bala, salgo de la habitación en dirección al garaje, donde cojo el coche y salgo de allí derrapando.

Desorientada, en la primera persona que pienso es en Soraya. Tengo que verla y, tras aparcar en la urbanización donde viven mis padres y ella, sin dudarlo me dirijo a su casa. Llamo a su puerta y, cuando me abre, la miro y simplemente murmuro:

—Tenías razón: Rapunzel es como el Trufote.

Ni tú mi cari, ni yo tu churri

Lo paso mal. Muy mal.

Lloro y lloro. No me merezco lo que Alfonso me ha hecho, y soy incapaz de hablar de ello sin llorar como una Magdalena, aunque reconozco que el amor que sentía por él ya no existe, ¡se ha esfumado!

Mis padres, los pobres, se quedan a cuadros cuando se enteran de lo ocurrido. No se lo esperaban. ¡Yo tampoco!

Irene, mi cuñada, me llama. Hablo con ella. Me consuela. Me da todo su apoyo y, antes de colgar, quedamos en vernos. Sin duda, aunque su hermano se vaya de mi lado, ella se queda. Ella, sí.

Al día siguiente, mi suegra me llama llorosa. Pero ¿a esta qué le pasa ahora, cuando lleva media vida pasando de mí?

Intenta hacerme ver las cosas buenas de su hijo y disculparle los fallos. «Alfonsito», como ella lo llama, le ha contado lo ocurrido, pero a mí ya me puede cantar la *Macarena*^[1] en arameo, que me da igual lo que diga. Primero, porque ahora soy yo la que pasa de ella y, segundo, porque ya no confío en su hijo.

Esa noche, cuando mis niños se duermen y yo me voy a la cama, pienso en lo que me ha ocurrido y lo veo injusto. ¿Qué le pasó a nuestro amor? ¿Por qué Alfonso me ha hecho esto?

Recuerdo nuestros besos, nuestros abrazos, nuestros momentos especiales, pero si soy realista, todo eso comenzó a cambiar cuando llegaron los niños y el tiempo para nosotros se acortó.

Pero, vamos a ver, ¿cómo algo que hicimos con tanto amor nos ha pasado esta factura?

Tener hijos implica cuidarlos, quererlos, educarlos, que para eso los hemos tenido. Ellos no decidieron venir a este mundo, fuimos nosotros quienes nos empeñamos en que estuvieran en nuestras vidas.

Antes de tener a los niños no había horarios, no había obligaciones, salíamos y entrábamos a cualquier hora de casa, pero una vez llegó Nerea y, posteriormente, Aaron y David, tuve que dejar muchas cosas de lado para ocuparme de ellos. Digo «tuve» porque fui yo, y solo yo, la que cambió más su vida.

Antes de ser mamá no pensaba en lo peligrosas que eran las esquinas de las mesas, en mi nevera había champán en vez de zumos y yogures y, por supuesto, no pensaba

en vacunas ni en dibujitos animados.

Pero está visto que la vida, en silencio, nos hace elegir una vez tienes hijos, y yo elegí ser una buena mamá y mujercita, mientras que Alfonso eligió serme infiel.

Pasan varios días.

Días en los que sigo sin entender qué ha ocurrido pero en los que soy consciente de que el pasado, al menos, el mío con Alfonso, ya nunca volverá.

La tarde que por fin permito que regrese a casa para hablar con nuestros hijos es complicada, dura y difícil, pero hay que hacerlo.

Sentada en el sofá frente a él, intento ser fría, contundente y resolutoria, y hablamos de los temas pendientes. Soraya se empeña en esperar en la cocina. Creo que no se fía de mí ni para bien ni para mal y, al final, accedo a que esté en la cocina. Será lo mejor.

Alfonso tiene ojeras, lleva el traje arrugado y la corbata torcida. Sin duda le está afectando lo que está ocurriendo, pero, por primera vez en mucho tiempo, decido pensar en mí y no en él. Decido ser egoísta.

Yo también tengo ojeras. Yo también sufro y yo también tengo el corazón partido, y no por algo que yo haya originado, como bien me ha recalcado mi sabia Soraya antes de que él apareciera ante mí.

Los niños nos escuchan sentados junto a mí. Se merecen una explicación de lo ocurrido. Nerea, la mayor, al entender lo que su padre ha hecho, le grita, y yo la calmo. Mi niña me abraza y, con la mirada, me hace saber que me quiere y que está conmigo. Alfonso no se mueve. Sabe que no debe hacerlo. Y, cuando Soraya aparece alertada por los gritos, le hago una seña y ella, sin decir nada, entra en el salón, coge a Nerea de la mano y se la lleva a su habitación. Sin duda, Alfonso también ha decepcionado a nuestra hija.

David, por ser pequeño, no entiende nada. Es demasiado chiquitito para ver la maldad de lo que su padre nos ha hecho como familia, y cuando, veinte minutos después, acompaña a Alfonso a la puerta para que se marche, Aaron, mi Aaron, que no se ha movido de mi lado, me mira, me abraza y dice:

—Preciosa, yo te quiero mucho. No te preocupes, que voy a cuidar de ti muy... muy bien.

¡Ay, que lloro!

¡Ay, que estoy muy sensible!

Y, con una sonrisa cargada de emoción, lo espachurro contra mi cuerpo agradecida por aquel mimo tan importante para mí y murmuro tragándome las lágrimas:

—Gracias, cariño. Gracias. Yo también te quiero mucho... mucho.

Por suerte, mis amigos de desayunos, al saber lo que me ha ocurrido, me arropan. Me hacen ver lo maravillosa que soy, lo mucho que valgo como mujer y todo lo que se pierde mi ex eligiendo a Saneamientos López antes que a mí.

¿Mi ex?

Madre mía, ya soy del club de los ex.

Yo, que tanto presumía de marido y de veinte años de relación... ¡Toma, por presumir!

Mis padres me miman. Sé que están desilusionados con Alfonso, pero intento que sufran lo mínimo. Pobrecitos. Ellos, que lo querían tanto, que se les llenaba la boca con Alfonso por aquí, Alfonso por allá, imagino que no lo están pasando bien.

Mis hermanos es otro cantar. Blanca, cuando se entera, lo pone a caer de un burro, y mis hermanos, Andrés, Carlos y Damián, se ofrecen a partirle las piernas. Yo me niego, aunque por un segundo lo pienso.

Por suerte, mi amiga Soraya me ayuda con mis padres y los niños. Al contrario de lo que imaginaba, no se ha jactado por la situación, y se lo agradezco. Sin duda es una buena amiga.

Saber que el hombre por el que había hipotecado mi vida me había estado engañando ha sido tal revulsivo que la misma noche en que salió de mi casa, a pesar de los pesares, salió también de mi corazón.

Qué razón tiene mi madre con eso que dice de que del amor al odio solo hay un pasito. Pues sí. Lo he comprobado en mis propias carnes. Yo, que tanto quería a Alfonso, ahora lo que menos siento por él es amor.

Pasa un mes...

Pasan dos...

Pasan cuatro desde aquel fatídico día, y reconozco que, poco a poco, vuelvo a ser persona.

Hoy por hoy, sigo con el corazón roto, pero vuelvo a sonreír, y me doy cuenta de que comienzo de nuevo a ser dueña de mi vida.

Me está costando sudor y lágrimas, pero siento que lo estoy consiguiendo. No soy una cría, soy una mujer, soy una mamá, y cada vez tengo más claro lo que quiero y necesito.

En mi corazón he instalado una puerta blindada acorazada y la llave solo se la he dado a mis hijos, a mi familia y a mis amigos. Nunca volveré a permitir que otro hombre, otro desconocido que conozca, entre en mi corazón, ¡nunca!

Hoy los peques se van con su padre a pasar el fin de semana, y les he preparado

una maletita. Alfonso se ha alquilado un chalecito en otra urbanización del pueblo. No le ha quedado más remedio si quiere ver a los niños y que su relación no se enfríe más con ellos.

Y aquí estoy, diciéndoles adiós con la mano desde la puerta de mi hogar, mientras miro al hombre que tiempo atrás me enamoró y pienso en la cantidad de años que he soportado a la bruja de su madre y planchado las camisas como a él le gustaban.

Anda ya... y que se lave él las zurrapas de los calzoncillos.

—Estefanía —dice aquel que antes me llamaba «churri»—. Dentro de quince días tenemos cita con los abogados.

—Lo sé.

—¿Estás segura de que quieres firmar el convenio de separación?

Asiento. Me ha costado decidirme, asimilar lo que va a ocurrir, pero asiento.

—Sí. Por supuesto que sí.

Madre mía, quién me ha visto y quién me ve. Yo, que era la casada más orgullosa de estar casada, ahora solo quiero acabar con esta situación y ser libre de nuevo.

Alfonso suspira, menea la cabeza y murmura:

—Por favor..., piénsalo. Lo mío ha sido...

—Una putada —lo corto con fuerza—. Sin duda, una gran putada, pero ¿sabes?

En esta vida hasta de las putadas se aprende, y yo he aprendido que, por encima de casi todo, me tengo que querer. Y tú... ya no estás en mi vida ni volverás a estarlo.

Alfonso mira al suelo. Sé que mis palabras le hacen daño, pero, mira, que se jorobe. Antes me hizo él daño a mí.

En ese instante, Aaron pasa por mi lado con su balón y, al vernos a los dos callados, se agarra a mi cintura y dice mientras Nerea y David, que ya están metidos en el coche de su padre, se pelean:

—Hasta el domingo, preciosa. Pórtate bien.

Sonrío. Mi niño, mi adúlador, es un amor y, guiñándole el ojo, respondo:

—Hasta el domingo, guapetón. Pórtate bien tú también.

Aaron me guiña un ojo. Bien, bien, lo que se dice bien, no creo que se porte. Al final, Alfonso se encamina hacia su coche con nuestro hijo al lado mientras yo los observo.

Qué curioso que es el mundo.

Con lo mal que lo he pasado, con lo mal que me he sentido, ahora que estoy consiguiendo quererme, apreciarme y mimarme, comienzo a respirar. Tengo treinta y seis años, estoy de buen ver, vuelvo a controlar mi vida y, sin lugar a dudas, si otras han podido remontar, ¿por qué yo no?

Ahora que echo la vista atrás me doy cuenta de lo ciega que estuve con Alfonso y soy capaz de ver sus ridículas obsesiones. Algo que antes disculpaba, ahora, tras lo ocurrido, me sería muy difícil volver a aceptar.

Primera obsesión: mientras yo me dedicaba a ser mamá, él comenzó a obsesionarse con el gimnasio. Pero, por Dios, si se cuidaba más que yo. Si, ahora que se ha llevado todos los potingues que había sobre la encimera del baño, me he dado cuenta de que el ochenta por ciento eran de él.

Segunda obsesión: mientras yo me vestía con lo primero que pillaba, más pendiente de cuidar a nuestros hijos, él solo se preocupaba de vestirse con ropa de marca. A él nunca se le podía comprar nada en un mercadillo. Necesitaba que en su ropa se viera el cocodrilito verde o un tío montado a caballo con un bate en la mano, y si era ropa para el gimnasio, entonces tenía que llevar una pantera, un gallo o un galgo. ¡Qué cansino!

Tercera obsesión: se convirtió en el Capitán Antigrasa. Nada de cocido, nada de hamburguesas, ni chistorra, nada de patatas, mayonesa, blablablá..., blablablá, y cada vez que los niños proponían ir al burger, para él era un drama. Al final, para no oírlo, los llevaba yo siempre que él estaba de viaje.

Cuarta obsesión: su pelo. Oh, Dios, pero si hasta Soraya lo llama Rapunzel. Nunca he conocido a nadie que se toque, se cuide y se mime el pelo más que él; bueno, sí, a Nerea, mi hija. Sin duda lo lleva en los genes.

Ahora que pienso en todas esas cosas, ¿cómo no me dio por imaginar que se cuidaba no solo para mí? ¿Cómo pude estar tan ciega y no pensar en lo que Soraya me advertía en ocasiones?

La respuesta es muy simple: confiaba en él y lo quería.

Una cosa que ya no voy a volver a sufrir, y me encanta saberlo, son sus momentos de enfermedad. Si yo me ponía enferma, ¡no pasaba nada! La vida continuaba, los niños seguían comiendo, yendo al colegio, *Torrija* paseando, la nevera llena... Pero, Dios mío de mi alma y de mi existir, si él se ponía enfermo..., ¡el apocalipsis llegaba a nuestras vidas!

De pronto, todo era un caos. Se convertía en el ser más tirano y oscuro sobre la faz de la Tierra. Vamos, que no se soportaba ni él.

Y, bueno, reconozco que, una vez, cansada de su tiranía, hice lo que hace mi amiga Yoli y le eché unas gotitas de laxante en el café. Joder, al menos que se quejara por algo real, aunque después lo pasé fatal con mis remordimientos cuando lo oía decir: «¿Lo ves, churri? ¡Hasta diarrea tengo!».

«¿Diarrea? Lo que tienes es una cagalera de caballo que yo misma te he provocado

por pelmazo...», pensaba en aquel entonces, sintiéndome lo peor de lo peor.

Aisss, si llego yo a saber lo que sé ahora mismo, le echo el bote entero.

Por tanto, aviso a todas las mujeres sobre la faz de la Tierra: si os encontráis con un guaperas de ojos verdes y con estilo llamado Alfonso, que se toca mucho el pelo y suele llevar un cocodrilo verde en el polo o la camisa, ¡huid!..., no lo miréis siquiera.

Advertidas os he dejado, porque, amigas, menuda alhaja os llevaríais.

La barbacoa

Chorizo, panceta, morcillitas, chuletitas... ¡Viva la comida de toda la vida!

Como ya suele ser habitual, este finde toca barbacoa en la urbanización de Soraya y mis padres. Cuando llego allí, todos están alrededor del fuego venerando la barbacoa. ¡Uf..., cómo nos vamos a poner!

Mis niños, Aaron y David, nada más entrar por la puerta se lanzan literalmente sobre su yayo, mientras que Nerea hace un gesto indescriptible con la cabeza y sale de la casa en busca de su amiga Ariadna, la hija de Soraya.

—Qué gusto que hayas venido —dice mi madre al verme.

Si algo adora mi madre es que vaya a su casa un día sí y otro también, y más desde la separación. Pero, por desgracia para ella, yo no soy así; soy, como ella dice, la hija *despegá* de la familia.

A ver..., no es que sea una despegada, pero a mí eso de estar todo el santo día en casa de mamá, llevándome tápers de lentejas o de albóndigas como hacen los morrales de mis cuatro hermanos, no me gusta. Soy más independiente.

Andrés, el mayor, al que llamamos el Sobao, es el consentido de mamá. Está casado con Almudena y no tienen hijos. Por cierto, mi cuñada Almudena es un amor. Ella nos adora, y viceversa. Blanca es la segunda. La llamamos la Patiño, y está soltera. Pero, claro, no me extraña, ¡no se soporta ni ella! Carlos, el tercero, es el guaperas de la familia y lo apodamos el Nadal. Es profesor de tenis en un club muy elitista de Madrid y vive una vidorra que más de uno quisiera. Después está Damián, un macarrilla motero al que cariñosamente llamamos el Rutas, puesto que todo lo soluciona haciendo una ruta. Y finalmente estoy yo, que soy la pequeña y a la que llaman cariñosamente la Supermami, por eso de ser la única que ha tenido niños en la familia.

Sin duda, los cinco somos hijos de los mismos padres, pero más diferentes no podemos ser. Pobrecita, mi madre, lo que lleva pasado con nosotros.

Al salir al jardín comunitario de mis padres, suelto a *Torrija* para que corra a saludar a su yayo y lo llene de lametones. Adora a mi padre.

En ese instante aparece Blanca, mi hermana, la Patiño, vamos.

¿Que por qué la Patiño?... Pues porque, cuando discute, se le infla la vena del cuello y nos recuerda a alguien que sale en la tele.

A veces pienso: «¿Quién de las dos será adoptada?». Ella, tan peleona, y yo, tan

pacífica. Pero es mi hermana y la quiero, ¡qué le voy a hacer!

—Hola, Supermami. —Me saluda levantando la mano.

—Hola, Patiño.

Mi hermana sonrío.

La miro. Qué mona viene hoy con su vestidito de Desigual, sus chancas a juego en azulito y una cintita que le sujeta su bonito pelo. Porque si hay algo que envidio de mi hermanísima es su precioso pelo color azabache. Es como ese que sale en la televisión que dice «efecto espejo y tacto cachemir». Oh..., Dios, ¡es precioso!

A sus cuarenta y tres tacos, Blanca está soltera, pero no entera. Es una ejecutiva agresiva en su trabajo, como lo era yo antaño, y tiene más de un novio de muy buen ver con los que se revuelca de vez en cuando.

A ver..., esto lo digo con cierta envidia, porque conmigo, desde que me separé, nadie se revuelca.

Nerea, mi adolescente hija, veo que besa a su divina tía al pasar junto a ella, y eso me relaja. Si no la besara, ¡hecatombe mundial! Blanca adora a Nerea. Es su única sobrina chica y con ella tiene una conexión muy especial, y a mí me gusta tanto como a ellas dos.

David, mi *pezqueñín*, al verla, se tira a sus brazos como hace siempre. ¡Es tan cariñoso! Mi hermana lo besuquea encantada durante un buen rato y este se parte de risa, hasta que mi padre lo llama y él corre hacia su yayo.

Busco a Aaron. Ese es harina de otro costal.

No sé qué ocurre entre ellos, pero no conecta con mi hermana como mis otros hijos. Cuando lo localizo, veo que con prudencia se acerca a su tía. Blanca, al verlo, sin darle tregua, lo aprisiona y lo besuquea como si no hubiera un mañana.

A sus diez años, Aaron ya no quiere que lo traten como a un niño. Ya no quiere besos de abuela. Se lo he explicado mil veces a mi hermana, pero, una de dos, o no lo quiere entender o le encanta ser tan cabrona como a mi hijo.

Al final, Aaron, cansado de tanto besuqueo y palabritas ñoñas de «Ainsss, mi niño, pero qué precioso y guapísimo que está», le suelta un empujón y huye despavorido hacia la piscina.

Como es de esperar, la Patiño protesta:

—Por favor... ¡Qué niño más bruto!

Mi madre sonrío.

—No es bruto, cariño. Es la edad..., está en la edad tontorrón.

Pero Blanca, que debía de haber estudiado arte dramático en vez de empresariales, se mira el brazo y exclama:

—Oh, Dios, ¡pero si me ha hecho hasta un moratón, el muy animal!

«Buenooooo, ¡ya empezamos!», pienso mientras suelto la bolsa de las toallas.

—Vamos a ver, Patiño —le digo—. Cada vez que lo ves te recuerdo que Aaron crece y que ya no le gustan los mimitos esponjosos delante de la gente, y...

Mi madre, que nos conoce y que sabe que somos especialistas en montar una bronca de la nada, me corta y dice mientras nos empuja al interior de la casa para que cerremos el pico:

—Anda..., anda..., entrad y dejad en paz a mi Aaron.

Yo sonrío, y mi hermana también.

A mi madre cualquiera de sus nietos le puede estar pisando el callo más doloroso del pie, que dirá con una gran sonrisa: «¡Qué bien pisa mi niño!».

Tiene una paciencia infinita con ellos, con todos nosotros y con mi padre. Nos mimaba, nos cuida, nos protege, nos besuquea, nos... todo. Reconozco que es mi hada madrina. Ella me conoce como nadie y, antes de que yo abra la boca, ya está ofreciéndome lo que necesito. ¡Eso es una gran madre!

Dos horas después, estoy tumbada a la bartola en la piscina comunitaria de mis padres, junto a Soraya y mi estilosa hermana, mientras mis niños chapotean como sardinillas en el agua con los gorilas de mis hermanos.

Al fondo, mi madre y otros vecinos se encargan de la barbacoa, y allí comienza a oler a choricito asado que da gusto.

—Qué monada de biquini de crochet que llevas, Soraya —dice Blanca.

—Es de la marca Cintureta. Es mono, ¿verdad?

Yo la miro y veo un biquini en color blanco, ni más ni menos, pero mi hermana responde con énfasis:

—¡Monísimo! Es ideal.

—Se lo vi a una modelazo en una revista, y hasta que lo encontré no descansé, y lo mejor de todo, su precio: ¡solo sesenta euros! —responde Soraya sacando pecho para lucirlo mejor.

—¡Baratísimo! —Asiente mi Patiño extasiada.

—¿Sesenta pavos? —pregunto yo y, al ver que mi amiga asiente, respondo—: Con sesenta pavos, en el mercadillo, me compro yo diez biquinis.

Ambas se miran, pero no responden.

Está claro que yo no entro en su jueguito de marcas. Soraya y mi hermana tienen en común el pijerío por la ropa y son mujeres que cuando se visten intentan gustar, algo de lo que yo me olvidé hace tiempo.

A ver..., me explico.

Me gusta vestir bien, pero con tres hijos a los que alimentar, no puedo gastarme sesenta euros en un bikini para mí, por mucho que lo lleve una supermodelo. Primero, porque ahora mi bolsillo no se lo puede permitir y, segundo, porque mi cuerpazo serrano tampoco. Con ese dinero, en el mercadillo, compro bikinis y bañadores para toda mi prole, incluida *Torrija*.

Como es de esperar, mi hermana rápidamente informa de que su bikini a juego con el pareo y el bolsaco son de la marca Pepita Secret, y Soraya se lo alaba como si aquello fuera la octava maravilla del mundo.

Dos segundos después, directamente desconecto de sus mundos de Yupi y marcas, me desabrocho la parte de atrás del bikini y me tumbo a tomar boca abajo el sol, mientras ellas hablan y hablan de algo que no me interesa y comienzo a observar a los vecinos frente a la barbacoa.

Allí están mis padres, con la Clinton y su marido, controlando que no se quemem los chorizos, mientras se beben entre confidencias unas cervecitas fresquitas.

A su lado están los de siempre: Pepe, Laura, Loli, Andrea, Carmen y mi hermano Andrés, junto a mi cuñada. Todos se ríen de algún chiste verde que con seguridad mi padre habrá contado. Es especialista en chistes verderones.

En un grupo algo más alejado de las brasas hay varios hombres y mujeres que no conozco y, un poco más allá, veo a Nerea y a Ariadna, como siempre confesándose sus cosas.

Calentita por el solecito de la una de la tarde, cierro los ojos, dejo mi mente volar y pienso en lo maravilloso que sería abrirlos y aparecer en una isla paradisíaca, junto a un morenazo de esos que salen en las pelis, que yo creo que son de atrezo, y que este me trajera una fresquita, dulce y riquísima piña colada.

El placer de pensarlo me hace sonreír. Oh, Dios..., sí, mientras siento cómo el solecito calienta gradualmente mi piel y el gustirrinín me hace suspirar.

Pero ¡zas!..., el gustirrinín se frustra cuando de pronto algo congelado, resbaladizo y mojado se tumba sobre mí y, antes de poder gritar como una posesa, oigo en mi oído:

—Preciosona..., ¿estoy fresquito?

—¡Aaron, *lamadrequeteparióooooo*! —Gruño tiesa de frío.

Divertido, el pequeño delincuente de mi hijo se levanta riendo a carcajada limpia, y yo, inconsciente de mí, me levanto tras él.

—¡Aaron —grito viendo que se tira a la piscina—, cuanto te pille, verás!

De pronto me doy cuenta de que todos me miran y siento un calorcito especial en los pezones.

¡La madre del cordero!

En mi levantada se ha quedado sobre la toalla la parte de arriba de mi biquini, y ahora mis domingas, esas a las que la gravedad aún no les ha afectado en exceso, saludan a todo el vecindario con descaro.

—¡Mamá, te estoy viendo las tetillas! —grita David con su voz de pito.

Algunos vecinos aplauden, otros silban, y yo estoy roja como un tomate por la vergüenza, cuando una voz masculina dice a mi lado:

—Toma. Creo que lo necesitas.

Al mirar, solo veo una toalla naranja. Rápidamente, la cojo y me la enredo en el cuerpo, mientras veo a Soraya reír con la Patiño. ¡Las mato!

Una vez me tapo y me siento más segura, vuelvo a mirar al hombre alto y rubio que me observa con gesto divertido y, de pronto, siento que su cara me suena. ¿Dónde lo he visto?

Entonces, lo recuerdo. Fue el hombre que vi meses atrás en el súper, el día que le enseñé a la Clinton con muy mala leche el gel lubricante con sabor a fresa. Claro, aquel tipo es el que se parece a mi actor favorito, Chris Evans.

—Gracias —murmuro.

Él asiente, me guiña un azulado ojo y, después, se dirige hacia la barbacoa, donde están todos, y se pone a hablar con mi padre.

Pero ¿vive allí? ¿Desde cuándo, y yo no me he enterado?

Todavía taquicárdica porque todo el mundo haya conocido en primera persona a mis domingas, me siento con mi hermana y con Soraya y, cuando lo hago, esta última dice:

—No sé si lo conocéis, pero se llama Diego y está buenísimo.

Mi hermana, con una sonrisa la mar de juguetona, cuchichea:

—Lo conocemos, Soraya. Diego es el hijo de Goya y Felipe, unos vecinos de toda la vida de mis padres que murieron hace muchos años en un trágico accidente de tráfico. —Y, mirándome, pregunta—: ¿Los recuerdas?

Niego con la cabeza. No recuerdo ni cómo me llamo todavía mientras me coloco la parte de arriba del biquini, cuando mi hermana insiste:

—Sí, mujer. Vivían en el número 36 y tenían una hija llamada Epifanía que era amiga mía.

¡Me acuerdo de Epifanía!

De pronto, lo recuerdo todo. Pobres Goya y Felipe, con lo encantadores que eran. Pero, boquiabierta, miro al rubiales y murmuro sorprendida:

—¿Ese es Diego, el hermano de Epifanía?

Mi hermana asiente y sonrío.

—Sí, cielo, sí —murmura—. Al parecer, según me ha contado mamá, él se ha quedado con la casa y ha comenzado a vivir aquí.

—¿Sabes de quién es el padre? —pregunta mi amiga.

Miro a Soraya, y esta, bajando la voz, cuchichea:

—Es el padre de Maya, la niña de las gafitas amarillas que nos breó a pelotazos en el Correcaminos, mic..., mic... ¡La Repu!

Boquiabierta, parpadeo. ¿Ese es el padre de la niña monstruo? ¿De la Repu?

—Al parecer —prosigue mi hermana—, se ha divorciado, y tanto ella como él se han venido a vivir a este pueblo, y...

—Mamiiiiii...

Esa vocecita.

Al mirar, me encuentro con Aaron frente a mí recién salido de la piscina con cara de circunstancias. En un hilo de voz, murmura:

—Mami, no te asustes, pero creo que me he hecho algo feo en el brazo.

Rápidamente, me levanto.

Si es que no gano para sustos... Antes de que diga nada más, solo con ver el rostro marmóreo de mi niño y que no me llama «preciosa» o algo por el estilo, sé que dice la verdad.

De pronto, cuando le toco el brazo, Aaron se pone a llorar y mi hermana grita asustada. ¡Joder, qué histérica es! Que la madre soy yo y estoy intentando mantener la compostura para no asustar a mi niño.

Dos segundos después, los vecinos de toda la urbanización nos rodean. Están preocupados, y yo intento hablar con calma con mi pobre niño, que no para de llorar.

El caos se apodera de mi vida, hasta que el hombre que apenas conozco y que fue mi vecino en el pasado coge a mi hijo con delicadeza en brazos, me toma a mí por la cintura y, empujándome, dice:

—Vamos al hospital.

Sin dudarlo, le hago caso. Mi hijo es lo primero.

Mi madre quiere venir, pero está nerviosa y consigo convencerla para que se quede al cuidado de Nerea y David junto a mi padre y *Torrija*. Al final, la Patiño, que ha conseguido dejar de gritar como una posesa, nos acompaña y nos dirigimos al hospital con Aaron en el coche de aquel desconocido.

Nada más llegar, Diego pregunta por una mujer. Esta sale, nos saluda y, con mimo, nos lleva hasta una consulta, donde una doctora, también conocida de Diego, mira el brazo de Aaron y le manda unas placas de urgencia.

Veinte minutos después, mientras mi hermana está solucionando el tema del seguro en el mostrador, sé que Aaron tiene una fisura en el brazo derecho producida por un golpe en la piscina y le están poniendo un yeso para que no lo mueva.

—¿Más tranquila?

Al mirar al hombre con el que apenas he cruzado cuatro palabras, asiento.

—Gracias por tu ayuda.

—De nada.

—Me quedé bloqueada —musito en un hilo de voz.

Él sonríe.

—No te preocupes. Yo soy padre también, y el día que a mi hija le dieron una pedrada en la frente me pasó igual. —Luego, tendiéndome la mano, añade—: Por cierto, nadie nos ha presentado. Soy Diego. Al parecer, fuimos vecinos en el pasado, aunque no me acuerdo de ti, pero sí de tus hermanos. Lo siento.

—¿En serio fuimos vecinos?

—Sí. —Sonríe él.

Como una bellaca, me hago la despistada y murmuro:

—Tranquilo. Yo tampoco me acuerdo de ti.

Decirle que en el pasado, cuando era una adolescente llena de granos, lo observaba a hurtadillas desde mi ventana cuando se ponía a hacer gimnasia en su habitación quedaría muy... muy feo.

Diego sonríe y prosigue:

—Según me ha comentado tu madre, eres la pequeña Estefanía.

—Sí.

—Y te estás divorciando.

Suspiro. Intuyo que mi madre le ha contado más de lo que él deja entrever y, sonriéndole, murmuro:

—No hace falta que disimules. Seguro que mi madre te habrá contado que mi marido me engañaba con una mujer. Tranquilo. Ya lo he asimilado. Sin lugar a dudas, he ido rayando techos durante mucho tiempo por culpa de ese sinvergüenza.

—Lo siento —murmura él ante mi honestidad.

—Pero ¿sabes? —prosigo envalentonada—, eso se acabó. Este miércoles firmaré los papeles del convenio de separación y no pararé hasta ser ¡una mujer divorciada!

—Vaya... —dice él.

—Vaya... —resoplo yo convencida.

En ese instante, se abre la puerta del fondo y aparece mi hijo con una enfermera.

Al verlo, tan pequeñito, tan poquita cosa, me levanto y camino hacia él seguida

por nuestro salvador, cuando mi *pezqueñín* me mira y dice:

—Tranquila, preciosa, estoy bien.

Siento que me tiembla la barbilla. Sin duda está bien tras lo que me ha dicho.

Estoy emocionada y, agachándome para estar a su altura, lo abrazo.

—Ni te imaginas lo preocupada que estaba por ti, cariño.

Abrazados estamos cuando oigo vocear:

—Aaron..., Estefanía...

Al mirar, veo a Alfonso, que llega corriendo. Tras él va una joven rubia con minifalda y unas piernas de infarto.

¡Vaya tela!

Al principio, me quedo bloqueada, hasta que finalmente murmuro levantándome:

—Joderrrrrr.

Siento que Diego me mira y, acercándose a mí, pregunta:

—¿Quién es?

Miro a Aaron, veo cómo mira a su padre y a su acompañante y, bajando la voz, respondo:

—El que me hizo rayar los techos.

Vale. Lo he llamado yo. Me he visto en la obligación moral de hacerlo.

Es el padre de mi hijo y tenía que saber lo ocurrido. Pero, joder, ¿tenía que aparecer con esa rubia al menos diez años menor que yo?

Con gesto desconcertado, llega hasta nosotros con la lengua fuera, seguido por aquella.

—Está bien —digo—. Tranquilo, Alfonso. Es solo una pequeña fisura en el brazo.

Él asiente. Sin duda ha corrido para estar allí y, al ver cómo miro a la veinteañera que se ha quedado a unos pasos de nosotros, dice:

—Lo siento, pero cuando me has llamado estaba con ella y...

—No me interesa lo que estuvieras haciendo —lo corto.

Alfonso vuelve a asentir y, mirando a nuestro hijo, pregunta:

—¿Estás bien, campeón?

—Sí, papá.

Y, sin decir más, sale corriendo hacia un lateral, donde sorprendentemente se encuentra con un amiguito del colegio con el que se pone a hablar.

En ese instante, veo cómo Alfonso se queda mirando al hombre que está a mi lado. No lo conoce. No sabe quién es y, cuando voy a presentárselo, siento cómo las manos de Diego se posan en mi cintura y, tras darme un rápido y mimoso beso en el cuello, pregunta:

—¿Estás ya más tranquila, mi vida?

¡Ay, que me da!...

Pero ¿a qué ha venido eso?

¿Me ha llamado «mi vida»?

Y, cuando lo miro desconcertada y veo su sonrisa, no puedo no sonreír al sentir por qué lo ha hecho.

Sin duda lo hace para que me sienta fuerte ante mi ex y aquella joven. Entonces miro a Alfonso, soy consciente de cómo gradualmente él pierde el color de la cara, y digo:

—Diego, cariño, te presento a Alfonso, mi exmarido.

El aludido se mueve, le tiende la mano, que Alfonso acepta, y dice:

—Encantado, Alfonso.

Con cierto desconcierto en la mirada, mi ex replica:

—Lo mismo digo.

En ese instante aparece mi hermana, que, al ver a la churri que está parada junto a Alfonso, hace una mueca con la boca y cuchichea:

—Vaya..., vaya..., pero si ha venido Peter Pan. ¿Esa es Saneamientos López? ¿Campanilla?

—¡Blanca! —protesto.

No quiero que comiencen a lanzarse puñales, y menos delante de Aaron, que está a pocos metros. Al entender mi protesta, Blanca suspira y, dándoles la espalda a aquellos dos, dice:

—Ya está todo arreglado. He quedado con mi amigo en que, cuando regresemos a casa, le enviarás por *e-mail* una copia de la tarjeta sanitaria de Aaron, ¿de acuerdo?

Asiento.

Alfonso nos mira.

La incomodidad está más que latente. Entonces Diego, para acabar con aquello, dice cogiéndome la mano:

—Mi vida, ¿qué tal si regresamos a la barbacoa, ahora que sabemos que Aaron está bien?

Mi hermana, al ver y oír aquello, sonrío. Otra que flipa con lo que aquel hace, pero afirma:

—Cuñado, me parece perfecto.

¡¿Cuñado?!... Joder con la Patiño.

Alfonso y yo nos miramos. Está boquiabierto, eso no se lo esperaba. Entonces, deseosa de perderlo de vista, musito cuando Aaron se acerca a nosotros:

—Gracias por venir, Alfonso. Como ves, ha sido menos de lo que esperaba.

—Sí. Y me alegro. —Afirma él tocándole la cabeza a nuestro hijo.

De nuevo nos miramos y, con la mejor de mis sonrisas, tras echar un último vistazo a la joven que lo acompaña, afirmo:

—Hasta el miércoles.

Alfonso asiente. No se mueve y, pesaroso, responde:

—Hasta el miércoles.

Una vez salimos del hospital, mientras Diego habla con Aaron, mi hermana me coge del brazo y, acercándose a ella, murmura:

—Así me gusta, con un par. Que no se diga de ti, hermanita. Menuda cara se le ha quedado cuando Diego te ha llamado «mi vida». ¡Me ha encantado!

—Pues antes me ha dado un beso en el cuello —afirmo sorprendida.

—Pero ¿qué me dices? ¿Y yo me lo he perdido? —Se mofa ella.

Asiento y me turbo. No quiero seguir con el tema.

En el coche, no hablamos de lo ocurrido. Sin duda, el hecho de que Alfonso haya aparecido en el hospital con su churri veinteañera no ha sido lo mejor, pero, bueno, la cosa ha surgido así.

Al llegar a la barbacoa, todos nos reciben con cariño.

Mis padres, los pobres, estaban preocupados, pero en cuanto ven que Aaron está bien, a pesar de su yeso en el brazo, se tranquilizan. Eso sí, menudo veranito me espera con el niño, la piscina y el yeso.

Cuando nos sentamos todos a comer, Diego, ese guaperas que esta mañana me ha salvado tres veces la vida —primero evitando que todo el mundo siguiera mirando mis tetillas, después, llevándome rauda y veloz al hospital con mi hijo y, para finalizar, haciéndose pasar por mi noviete para que yo no me sintiera en inferioridad ante Alfonso—, se sienta lejos de mí y no sé si enfadarme o sentirme aliviada.

Quiero agradecerle su amabilidad, mientras noto todavía cosquillitas en el cuello por el dulce beso que me dio. Sin embargo, veinte minutos después, cuando lo veo sonreír con la hija de la Clinton, ya no quiero agradecerle nada. Sin duda, las palabras sobran, y creo que allí sobro yo.

Durante horas espero que vuelva a acercarse a mí, pero ni lo hace ni me dirige tampoco la palabra. Toda la amabilidad que ha tenido por la mañana se convierte en indiferencia total por la tarde, y, mira, casi que se lo agradezco. No tengo yo el cuerpo para jotas ni la cabeza para tonterías con ningún tío.

Por la noche, cuando todos estamos hablando alrededor de la piscina tras la barbacoa, a Diego le suena el teléfono móvil y se va. Antes de hacerlo, siento que me

mira. ¡Por fin lo hace! Me guiña un ojo a modo de despedida y, finalmente, desaparece de escena.

Esa noche, cuando los niños se van a la cama y yo me meto en la mía, por primera vez en muchos, muchos..., muchos años, pienso en un hombre que no es Alfonso. Pienso en Diego, pero inmediatamente me regaño.

¿Qué hago pensando en él?

¿Principio o final?

Lunes...

Martes...

Y llega el miércoles.

Ese día, me despierto con una extraña sensación en el estómago y comienzo a dudar si le hice algo a Yolanda y me echó Evacuol en el café del día anterior.

Pero no, no es por eso; sé que es por los nervios. Hoy acabaré con una parte de mi pasado con el que nunca había imaginado acabar, y eso me tiene nerviosa.

Pienso en mis niños. El colegio se termina dentro de una semana y comenzarán las vacaciones de verano. Este año no nos iremos de viaje como otros años, mi economía no lo puede sufragar, pero, bueno, creo que lo podremos soportar.

Una hora después, tras despertar a mis niños, presenciar sus numeritos mañaneros y llevarlos al colegio, regreso a casa. Hoy no voy a desayunar con las mamis, tengo que ir a Madrid a firmar el convenio de separación y debo estar a las once en el despacho de abogados.

Cuando entro en casa y saludo a *Torrija*, cojo su correa y la llevo al campo a que haga sus cosillas. Esta vez, la suelto. Quiero que corra feliz y loca.

Mientras paseo, miro el futuro y decido que el pesimismo se quede esa mañana en el campo junto a algunas de las cosillas que se deja allí *Torrija*. Se acabó el ser pesimista.

Ahora que soy la cabeza de mi familia, he de ser positiva y optimista.

Tengo que sentarme a hablar con el director de la residencia donde trabajo. Necesito trabajar más horas o, por el contrario, buscar otro empleo mejor remunerado. La vida sigue, no se acaba porque el hombre al que quería me engañara con otra, y mis hijos y yo tenemos que comer y vivir. Por tanto, ¡adelante con mi vida!

Torrija corre por el campo y yo sonrío al verla feliz. Felicidad. Eso es lo que quiero para mi familia y en mi casa y, me cueste lo que me cueste, sé que lo voy a conseguir. Primero, porque lo voy a buscar y, segundo, ¡porque me lo merezco!

Cuando regreso tras el paseíto matutino, le doy su galleta a *Torrija*, eso nunca lo perdona. Se sienta ante el tarro y de allí no se mueve hasta que se la doy. Después subo la escalera, entro en mi habitación, pongo música marchosa y, tras bailotear en busca de mi felicidad, entro derechita a la ducha.

Una vez me desnudo mientras intento no mirarme el trasero, porque si lo hago y veo mis imperfecciones, sin duda, el buen rollito que tengo se acabará, entro en la ducha, abro el grifo del agua y, cuando esta corre por mi piel, murmuro:

—Qué gustirrinín.

Con premura, me enjabono, mientras pienso que llevo sin sexo varios meses.

Madre mía, ¡qué sequía que llevo!

Entonces caigo en la cuenta de que, igual que a otras se les cierra el estómago ante un disgusto, a mí, sin duda, se me ha cerrado el potorro. Vamos, que, por no utilizar, no he utilizado ni a *Simeone*.

Pensando en ello estoy cuando recuerdo algo que leí en una novela erótica que me dejó mi loca Soraya y, sonriendo, cuchicheo mirando la alcachofa de la ducha:

—Veamos si es cierto lo que he leído.

Sin dudar, toco el botón que viene en la alcachofa y cambio la forma en que sale el agua, provocando que los chorros salgan con más fuerza y por menos agujeritos.

¡Guau..., qué potencia!

Dispuesta a tener mi primer orgasmo tras varios meses, me apoyo en la pared de la ducha. Separo las piernas y, con los dedos, me abro los labios de la vagina para dejar al descubierto mi abandonado clítoris. Lo toco. Sonrío y, por suerte, compruebo que sigue ahí. ¡Y vivo!

Por ello, bajo la alcachofa hasta su altura y permito que el agua lo golpee.

La presión que ejerce contra él es increíble..., alucinante.

¡Uf..., qué cosquillitas!

Es cierto lo que leí. ¡Qué gustazo!

Cierro los ojos y disfruto el momento, mientras siento que mi cuerpo se destensa, un calor me sube y, sin saber por qué, la imagen de Diego, aquel al que llevo varios días sin ver, aparece ante mí y, ni corta ni perezosa, murmuro:

—Bienvenido a mi fantasía, Diego.

Sonriendo, suspiro..., jadeo y me dejo llevar, mientras imagino que está de rodillas ante mí y es su lengua la que me da aquellos ligeros y húmedos toquecitos en el clítoris.

Guau... Guau... Guau... Sí..., me gusta, y jadeo de puro placer mientras susurro:

—Diego..., no pares.

Sin descanso, juego con el agua, la presión y mi clítoris. Imagino y fabrico una increíble fantasía donde Alfonso no tiene cabida, pero sí Diego. ¡Dios, qué morbo! Y, cuando el placer crece y crece en mi interior, y siento que mi clítoris va a explotar por lo mucho que me gusta, murmuro:

—Qué maravilla..., cariño. Ahí..., justo... justo ahí.

Mi fantasía me da lo que quiero, lo que busco, mientras la boca caliente y tentadora de Diego, sin descanso, me proporciona un placer desconocido para mí.

Pero ¿cómo no había probado antes esto?

Cuando un ronquido gustoso sale de mi boca, mis piernas tiemblan mientras se juntan y la alcachofa resbala de mis manos para caer al suelo de la ducha, solo puedo jadear, totalmente emocionada:

—Oh, sí..., sí..., sí..., sí...

Lo que acabo de experimentar, de probar, de disfrutar ha sido algo increíblemente placentero que, sin duda, sin ninguna duda, lo repetiré con asiduidad.

Pocos minutos después, una vez me tranquilizo y sonrío al pensar en el rubiales de Diego, cojo la alcachofa del suelo, cambio la potencia del agua y continuo duchándome.

Cuando acabo, me envuelvo en mi albornoz y salgo a mi habitación. Allí, abro un cajón de la mesilla, cojo unas bragas limpias y, de pronto, algo llama mi atención. Al cogerlo, veo que se trata del gel con sabor a fresa que compré para utilizar con Alfonso meses antes y que, por desgracia, está sin estrenar.

—Bueno —murmuro tras resoplar—, si mal no recuerdo, tengo tres años antes de que caduque.

Vuelvo a dejarlo en el cajón y, mientras regreso al baño, pienso en mis amigas divorciadas. Soraya, Nuria, Yolanda y mi hermana dicen que el mercado está muy mal para encontrar a alguien que merezca la pena conocer, pero que está muy facilón para acostarse con quien una quiera.

Vamos, que, hoy por hoy, lo que prima es el sexo sin amor, algo a lo que yo no estoy acostumbrada y no sé si me acostumbraré.

Una vez acabo en el baño, regreso a la habitación, abro el armario y, tras mirar la ropa de varias tallas que tengo acumulada por los años y que siempre me he negado a tirar por si alguna vez vuelve a entrarme en el cuerpo, decido probarme un traje monísimo del pasado.

Con el disgusto de los últimos meses, he perdido algo de peso, y quizá me valga. El traje me queda niquelado y, cuando me miro al espejo, murmuro orgullosa, a pesar de mi morcillita:

—Olé y olé. Estefanía, ¡estás estupenda!

Me miro por delante. ¡Genial!

Me miro por detrás, ¡vaya culito más mono que me hace! Eso sí, tapadito está mejor.

Cuando salgo de casa y cojo el coche, pongo música. Marc Anthony es un buen compañero para el desconcierto, y voy cantando todo el trayecto hasta Madrid.

Sus canciones son como la vida misma: tristes, alegres, esperanzadas, desesperadas..., y yo, que soy un cúmulo de todo ello, canto mientras soy consciente de que lo que voy a firmar ese día cambiará el resto de mi existencia.

Dentro de unas horas voy a pasar de ser una mujer casada a una mujer legalmente separada, y estaré libre como los taxis.

Tras chuparme un buen atasco como siempre que voy a Madrid, llego hasta la calle Claudio Coello, donde está el despacho de abogados. Allí, dejo el coche en un *parking* público y, con paso firme, me dirijo al portal, cuando oigo:

—Estefanía.

Al volverme, me encuentro con Alfonso, aquel que, hasta hace poco, me llamaba «churri», «ninfa de mis sueños» y tonterías de esas. Se acerca a mí para saludarme y veo que no sabe si darme un beso, dos, la mano o el pie. Al final, se lo facilito y le doy yo dos besos. Soy civilizada.

—Estás muy guapa —murmura.

Ver su cara y cómo me escanea me hace saber que lo dice de verdad. Recuerdo que ese traje de Armani me lo regaló él.

—Gracias —afirmo sonriendo.

Alfonso, nervioso, mira a los lados y finalmente pregunta:

—¿Quieres tomar algo antes de entrar?

Lo valoro. ¿Debo? ¿No debo?... Y, al final, decido que sí. Quiero tomarme un último lo que sea con mi marido, antes de romper para siempre nuestra unión.

Caminamos hacia una cafetería sin rozarnos, entramos y Alfonso pide dos cafés con leche. Cuando pide sacarina para él, miro al camarero y rectifico:

—Ponga un solo café con leche. Yo prefiero una Coca-Cola.

El camarero asiente, sonrío y, cuando este se va, Alfonso pregunta:

—¿No querías un café?

Niego con la cabeza y, sonriendo, murmuro:

—No.

Sorprendido por aquello, el que será mi ex en breve indica:

—Pero si siempre pedías café a esta hora, y...

—Lo sé —lo corto—. Pero hoy me apetece algo más fresquito.

Él me mira boquiabierto. La Estefanía que está frente a él lo sorprende, y eso me gusta.

En silencio, esperamos a que el camarero nos traiga lo que hemos pedido y,

cuando lo tenemos frente a nosotros, Alfonso dice tras echarle sacarina al café:

—Oye, en referencia al otro día en el hospital, quería disculparme por ir acompañado de...

—Estás disculpado —lo interrumpo.

Él asiente. Sin duda, aquello le está costando, y murmura:

—Cariño, yo...

—Mal comienzas. Ya no soy tu cariño. Ahora, para ti, solo soy Estefanía, la madre de tus hijos, nada más.

Confundido y algo receloso, indica:

—Si tú decides no firmar los papeles, no seré yo quien te obligue. Si quisieras, yo...

—Alfonso. —Lo vuelvo a cortar—. Quiero llevarme bien contigo por el bien de nuestros hijos, pero no olvides que me has engañado, me has traicionado y me has mentido, y eso nunca te lo voy a perdonar. Por tanto, es mejor que no repitas lo que creo que ibas a decir porque eso nunca va a suceder, ¿entendido?

Mi desbaratado marido me mira. Continúa con las ojeras. Sin duda ya no lleva la vidorra de antes, aunque tenga otras churris. Entonces, a punto de la lágrima, murmura:

—Lo siento..., te echo tanto de menos que...

—Te acostumbrarás —afirmo don dureza—. Si fuiste capaz de acostumbrarte a engañarme viéndome la cara todos los días, ahora tienes que ser capaz de no verme y vivir tu vida. Es más, te lo aconsejo, porque es lo que yo pienso hacer.

—¿Piensas o haces?

Al oír eso, sé por qué lo dice. Lo conozco muy bien. Han sido veinte años juntos. Entonces, con una sonrisa que fabrico, respondo:

—Si lo dices por Diego, no voy a contestarte. Vuelvo a ser dueña de mi vida y a ti no tengo por qué darte ninguna explicación, ¿entendido?

Mi dureza lo afecta. Nunca imaginó que yo pudiera ser tan fría, ni yo tampoco, pero está visto que, cuando nos tocan el corazón, algo en nosotros se despierta y, mirándolo, apremio sin sentimentalismos:

—Vamos, tómate el café o llegaremos tarde.

Asiente. Decide callarse y no decir más. Estoy segura de que se está preguntando quién soy y dónde está su churri.

Sin rozarnos de nuevo, salimos de la cafetería y entramos en las oficinas, un lugar lleno de gente. Llama mi atención ver que un par de hombres vuelven sus cabezas para mirarme. Alfonso los observa con cierto resquemor. Yo sonrío.

Mirémoslo por el lado positivo.

Gustar siempre me ha gustado, aunque lo había olvidado y, sin duda, ahora, en este punto de mi vida, quiero gustar y, por supuesto, cada día estoy más y más convencida de que quiero gustar mucho.

Una vez que la señorita de la entrada toma nota de que hemos llegado, nos pasan a una sala. Allí, Alfonso y yo nos sentamos, y él insiste:

—¿Estás segura?

Lo miro. Ante mí tengo al hombre con el que he pasado mis últimos veinte años. Veinte años llenos de cosas bonitas y menos bonitas.

—Sí —afirmo.

El dolor cruza como un rayo por su rostro. Siento que le duela, pero más siento lo que él me ha hecho a mí, y si estamos allí es por su culpa, no por la mía.

Ya no hay marcha atrás. El dolor ya es menos doloroso para mí y, cuando los abogados entran, decido prestarles toda mi atención.

Veinte minutos después, tras firmar unos papeles, mi abogado dice:

—Estefanía, oficialmente estás separada.

«Guauuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu...», estoy por gritar.

Con los ojos encharcados en lágrimas, Alfonso me mira.

¿De verdad va a llorar?

¿De verdad va a montar un numerito de circo?

Con una seguridad que me da hasta miedo, me miro el dedo. Allí está el anillo que él me puso hace mucho... mucho tiempo y que representaba algo sagrado para mí. Llevarlo ahora es ridículo. No significa nada y, tras suspirar, me lo quito y, mirando al que ya es oficialmente mi exmarido, digo mientras echo el anillo dentro del bolso:

—El pasado pasado está.

A continuación, me levanto, cojo los papeles que mi abogado me entrega y, mirando a Alfonso, que sigue con los ojos encharcados en lágrimas, murmuro dispuesta a seguir con mi vida, me cueste lo que me cueste:

—Espero que disfrutes de la vida, como la voy a disfrutar yo.

Él me mira apenado. No habla. No dice nada mientras yo, con paso seguro, salgo de la sala.

Cuando entro en el ascensor vacío, tiemblo y me miro al espejo.

Allí estoy yo. Una mujer adulta, separada y dispuesta a todo, e inexplicablemente sonrío, me estiro la chaqueta del traje y, consciente de que todo a partir de ahora será nuevo, me digo:

—Estefanía, bienvenida a tu nueva vida.

Cuando las puertas del ascensor vuelven a abrirse, salgo de él con una sonrisa desafiante pero pisando fuerte, dispuesta a encararme con mi futuro.

Continuará...



MEGAN MAXWELL. Es una reconocida y prolífica escritora del género romántico. De madre española y padre americano, ha publicado novelas como *Te lo dije* (2009), *Deseo concedido* (2010), *Fue un beso tonto* (2010), *Te esperaré toda mi vida* (2011), *Niyomismalósé* (2011), *Las ranas también se enamoran* (2011), *¿Y a ti qué te importa?* (2012), *Olvidé olvidarte* (2012), *Las guerreras Maxwell. Desde donde se domine la llanura* (2012), *Los príncipes azules también destiñen* (2012), *Pídeme lo que quieras* (2012), *Casi una novela* (2013), *Llámame Bombón* (2013) y *Pídeme lo que quieras, ahora y siempre* (2013), además de cuentos y relatos en antologías colectivas. En 2010 fue ganadora del Premio Internacional Seseña de Novela Romántica; en 2010, 2011 y 2012 recibió el Premio Dama de Clubromantica.com y en 2013 recibió el AURA, galardón que otorga el Encuentro Yo Leo RA (Romántica Adulta).

Pídeme lo que quieras, su debut en el género erótico, fue premiada con las Tres plumas a la mejor novela erótica que otorga el Premio Pasión por la novela romántica.

Megan Maxwell vive en un precioso pueblecito de Madrid, en compañía de su marido, sus hijos, su perro Drako y su gato Romeo.

Notas

[1] *Macarena*, RCA Records Label, interpretada por Los del Río. (N. de la e.) <<